

Jazmín®

La barrera del deseo

Nicola Marsh

Cotilleos en la Oficina

Prologo:

Keely Rhodes tenía la intención de seducir al guapísimo y famoso Lachlan Brant. La había invitado a pasar con él el fin de semana, seguramente con la intención de hacer algo más que trabajar... y lo mismo esperaba ella. Las amigas de Keely creían que Lachlan era el hombre perfecto, así que la animaron a aceptar la invitación. Al regresar, Keely tenía muchos más cotilleo para sus amigas, porque había ocurrido algo que creía imposible... ¡Se había quedado embarazada

CAPÍTULO 1

No existe el hombre perfecto.
Keely Rhodes, diecinueve años

ATC. ¡A las nueve en punto! Keely Rhodes no perdió el tiempo contestando a su amiga y compañera, Emma Radfield. En lugar de eso, giró la cabeza noventa grados a la izquierda, intentando parecer despreocupada mientras comprobaba la *Alerta Tremendo Cachas.*

Pero no, no era uno de los chulazos que, de vez en cuando, aparecían por las elegantes oficinas de la primera empresa de diseño y promoción en Internet de Melbourne, WWW Diseños, en busca de lo mejor en tecnología informática. No, aquel hombre era la última persona a la que Keely habría esperado ver.

— ¿Qué te parece?— preguntó Emma en voz baja mientras, con la sutileza que la caracterizaba, le daba un codazo en las costillas.

«Creo que estoy en el séptimo cielo», pensó Keely, admirando cada centímetro de aquel glorioso metro noventa que se acercaba al mostrador de recepción.

Lachlan Brant era un espécimen de escándalo y, por la seguridad que demostraba en su programa de radio, seguramente lo sabía.

—Está bueno, ¿eh?

Keely miró a su amiga, sorprendida.

— ¿No sabes quién es?

Emma negó con la cabeza.

—Ni idea. Y te aseguro que si lo hubiera visto antes, me acordaría.

— ¿Te suena el nombre Lachlan Brant?

— ¿Lachlan Brant, el Lachlan Brant de la radio?— exclamó Emma, llevándose una mano al corazón—. Pues tiene un

cuerpo tan tremendo como la voz. Perdona si se me cae la baba.

—Sí, la verdad es que no está mal.

Su amiga levantó una ceja hasta el infinito y Keely sonrió.

—Bueno, sí, está muy bien.

La segunda ceja de Emma se reunió con la primera.

—Es guapo.

Si Emma levantaba las cejas un poco más se le perderían bajo el cuero cabelludo. Keely suspiró.

—Que sí, que está buenísimo. Está para comérselo. ¿Contenta?

Su amiga suspiró también.

—Estaría contenta si un hombre como él me mirase dos veces.

—Sí, seguro. Como que a ti te interesa un tío que no sea Harry Buchanan. Aunque, chica, de verdad que no entiendo cómo puedes seguir colada por tu primer amor. A ver si se te pasa de una vez.

Al oír el nombre de Harry, a Emma se le nublaron los ojos, como si estuviera en trance, y Keely emitió un sonido gutural, parecido a un bufido.

— ¿Te han dicho alguna vez que eres una romántica empedernida?

—Y me gusta serlo— sonrió su amiga, mirando al recién llegado—, ¿Qué crees que hará aquí?

Tragando saliva para intentar deshacer el nudo que tenía en la garganta, Keely rezó para que no fuera por la razón que ella temía.

— ¿Quién sabe? Seguramente estará saliendo con nuestra ilustre jefa.

O eso, o había descubierto la identidad de la persona que llamó a su programa la semana anterior para decirle «cuatro cosas».

— ¿Qué dices? Seguro que no tiene tan mal gusto.

Keely se encogió de hombros. No le apetecía poner verde a Raquel la Rabiosa, la rottweiler, la jefa del infierno, los tres apelativos con que la mayoría de los empleados de WWW

Diseños llamaban a su jefa. Lo que le apetecía en aquel momento era más bien salir corriendo para esconderse en su despacho.

Además, tenía cosas más importantes que hacer, como por ejemplo dar los toques finales a la página web de una empresa de ropa deportiva de Melbourne o diseñar una página moderna para *Flirt,* una nueva revista femenina que estaba a punto de salir al mercado. O planear una fiesta sorpresa de cumpleaños para Emma.

—Tengo que ponerme a trabajar —murmuró, echando una última mirada a Lachlan Brant.

Emma suspiró.

—Yo también. ¿Comemos en Sammy's?

—Claro.

—Voy a mandarle un e-mail a Tahlia.

—No sé si podrá. Últimamente su jefe está todo el día pegado a su mesa.

—Ya sabes que está intentando lograr un ascenso.

Keely asintió. Ella entendía a Tahlia mejor que nadie. Después de todo, era por eso por lo que ella misma trabajaba doce horas diarias. Quería el puesto de directora de diseño gráfico y podría conseguirlo si Nadia anunciaba su embarazo de una maldita vez.

—Bueno, pero si se pierde otra comida la mato. Se está convirtiendo en una aburrida.

Emma la miró, escéptica.

—Sí, ya. Como si Tahlia pudiera ser aburrida.

Tahlia Moran era divertida, alegre y el alma de todas las fiestas. Si a eso se le añadía que era un bombón, no era de extrañar que Keely se sintiera como un florero, no particularmente atractivo, a su lado.

—Nos vemos en Sammy's.

Pero antes de que pudiera escapar, Chrystal, la recepcionista y «chica de vida alegre», si los rumores eran ciertos, la llamó con un gesto.

Keely tragó saliva de nuevo. Pero como aquel día se había puesto su traje favorito, se dirigió a la modernísima recepción

para enfrentarse con Lachlan Brant como si fuera algo que hiciera todos los días.

—Keely, la señorita Wilson quiere verte un momento. Y luego tienes que acompañar al señor Brant a su despacho.

Chrystal sonreía como si le hubiera tocado la lotería mientras miraba a Lachlan Brant, su próxima víctima seguramente, con adoración. Intentando controlar los nervios y preguntándose qué querría Raquel y por qué tenía ella que acompañar a Lachlan Brant al despacho, Keely se volvió para mirarlo.

—Hola, me llamo Keely Rhodes. Si no le importa sentarse un momento... volveré enseguida.

Y entonces ocurrió.

El hombre al que había puesto verde por la radio fijó en ella su penetrante mirada azul.

Y su corazón dio un vuelco.

Por primera vez en veintiséis años, el órgano que había conseguido salvaguardar saliendo sólo con chicos normales y corrientes que no emocionarían a nadie, empezó a latir a un ritmo vertiginoso y, seguramente, preocupante.

—Encantado de conocerla— sonrió él, ofreciéndole su mano.

Estaba perdida.

Keely no creía en el amor a primera vista. Ella era una persona realista, con los pies en la tierra. ¿Por qué tener nociones románticas como Emma o hacer caso del horóscopo, como Tahlia? Desear algo que nunca se haría realidad era una tontería.

Percatándose entonces de que él estaba esperando, Keely apretó su mano y su corazón empezó prácticamente a fibrilar.

Ahora lo sabía seguro. No sólo su corazón estaba haciendo cosas raras, su sentido común se había unido a la fiesta. ¿Desde cuándo un apretón de manos era como una caricia íntima?

—Estaré esperando— dijo él, con esa voz tan rica, tan profunda, tan masculina.

¿Cuántas noches había permanecido despierta escuchando

esa voz en la radio y los consejos que daba a las masas? Imaginaba que sería un hombre mayor, alguien con mucha experiencia de la vida... hasta que vio su foto en el periódico.

Aunque Lachlan Brant en fotografía no era nada comparado con Lachlan Brant en carne y hueso.

Intentando salir de aquel estupor, Keely apartó la mano e intentó calmarse.

—Muy bien. Saldré enseguida— murmuró, preguntándose qué tenía aquel hombre que la alteraba tanto.

Sí, tenía un cuerpazo, una voz profunda y una sonrisa letal. Pero tampoco era para tanto, ¿no?

También tenía un título en psicología y analizaba a la gente para ganarse la vida, un hecho que le había restregado por la cara durante sus cinco minutos de fama, o de infamia, en la radio. Y sí, estaría metida en un buen lío si él reconocía su voz. «Charlatán», «pesado» y «fuera de onda» eran algunos de los insultos que le había soltado... y ésos eran los más suaves.

Rezando para que no se le doblaran las piernas, se dirigió al despacho de Raquel, conteniendo el deseo de volver la cabeza para ver si él la estaba mirando.

Sí, seguro... ¿desde cuándo los hombres como él se fijaban en chicas como ella?

Aunque había logrado vencer su desorden alimenticio años atrás, no había conseguido deshacerse de las inhibiciones como se deshizo de los kilos. Estaba bien, pero no tenía precisamente tipo de modelo y no lo tendría nunca.

Cuando llegó al despacho de Raquel, llamó a la puerta y entró sin esperar respuesta.

—Ya era hora. ¿Por qué has tardado tanto?

Aunque Raquel Wilson era una jefa competente, con talento más que suficiente para convertir WWW Diseños en una empresa puntera, su talante era sólo comparable al de un rottweiler furioso. Por eso los empleados la llamaban «la rottweiler»... y que Dios los ayudase si alguna vez se enteraba.

Keely tenía la impresión de que, en aquel caso, el rottweiler ladrador sería igual de mordedor.

—Estaba hablando con un cliente...

— ¿Lachlan Brant? -preguntó Raquel, con un brillo demoníaco en los ojos, el mismo brillo que aparecía cada vez que conseguía un nuevo cliente-.

—Sí.

—Estupendo. Él es tu próximo encargo.

Oh, no. Los «encargos» de Raquel siempre acababan siendo un problema. En la empresa, lodo el mundo los evitaba como si fueran la peste negra porque un «encargo» significaba ir detrás del cliente como un perdiguero para asegurarse de que no se iba a otra agencia. En cierto modo, eso era lo que había hecho que WWW Diseños hubiera llegado donde estaba, pero la idea de estar pegada a Lachlan Brant hacía que deseara meterse en una heladería... y había dejado ese hábito mucho tiempo atrás.

Conteniendo el deseo de correr todo lo rápido que le permitieran sus piernas, Keely hizo lo que pudo para sonreír.

—La verdad es que estoy hasta arriba de trabajo, Raquel. Estoy terminando el diseño para la revista *Flirt* y...

—Lachlan Brant es prioridad número uno a partir de ahora.

—Pero...

—Estoy segura de que encontrarás la manera de hacer las dos cosas— su jefa se levantó para acercarse al impresionante ventanal desde el que podía verse todo Melbourne-. Tengo mucha confianza en ti, Keely. Y si lo haces bien, podrías conseguir ese ascenso que tanto deseas.

Genial. O sea, genial.

¿Cómo iba a decir que no? ¿Cómo iba a negarse a estar pegada al guapísimo Lachlan Brant si, además, así podía conseguir un ascenso?

—Haré lo que pueda— murmuró.

Aunque, en el caso de «la rottweiler», eso casi nunca era suficiente.

—Eso espero. Y ahora, dile a Brant que entre. A ver si podemos conseguir que firme el contrato.

Keely asintió antes de salir del despacho para enfrentarse

con su nuevo «encargo».

Cuando Lachlan se levantó, tuvo que tragar saliva. Aquel hombre era como para babear y, a juzgar por esa sonrisa de donjuán, lo sabía.

— ¿Ya está lista?

¡Ja! Si supiera lo lista que estaba...

—Sígame.

Si supiera que era ella la que había llamado para ponerlo verde a través de las ondas no le regalaría esa sonrisa.

—Su nombre me suena. ¿Nos conocemos?

Keely se agarró al picaporte de la puerta como si fuera un salvavidas.

—No, qué va.

—Keely es un nombre inusual. Estoy seguro de haberlo oído hace poco.

La estaba mirando fijamente y casi podía imaginarlo acariciándose una imaginaria perilla, como un psicólogo freudiano intentando descubrir el significado de sus sueños...

Keely llamó a la puerta del despacho y esperó el consiguiente ladrido de Raquel.

— ¡Entra!

A juzgar por el nivel de decibelios, el ladrido era apenas un gruñido, como deferencia con el posible cliente, claro.

— ¿Llego en mal momento?— le preguntó Lachlan Brant en voz baja, poniendo una mano en su cintura.

Si Keely había aprendido algo era a no hablar mal de su jefa más que con Emma y Tahlia. Pero con aquella mano tocando su cintura, su cerebro sufrió un pequeño cortocircuito.

«Concéntrate, chica». «Necesitas el ascenso».

—No, es que Raquel siempre está muy ocupada.

—Yo no le grito así a un posible cliente por muy ocupado que esté— murmuró él, antes de entrar en el despacho.

La rottweiler enseñó los dientes en un amago de sonrisa mientras estrechaba su mano.

—Buenos días, señor Brant. Siéntese, vamos a empezar— dijo, tomando una carpeta.

—Llámame Lachlan... las dos, por favor.

—Muy bien, Lachlan— sonrió Raquel.

—Imagino que todo este papeleo será una formalidad. He estado echando un vistazo y WWW Diseños es justo lo que necesito, así que no hace falta que me vendas nada. Estoy dispuesto a empezar de inmediato.

Los ojos de Raquel brillaron tras los cristales de sus gafas.

—Me alegra ver que eres un hombre decidido, Lachlan. Y me agrada que hayas elegido nuestra empresa para que diseñe tu página web. ¿Por qué no te llevas estos documentos, se los das a Chrystal una vez firmados y te vas con Keely para que te enseñe cómo hace su magia?

¿Magia? La rottweiler debía de estar muy interesada en Brant.

—Estoy deseando.

Y, de nuevo, Keely tuvo el deseo de salir corriendo, ascenso o no ascenso. Lachlan estaba mirándola y casi podría haber jurado que en sus ojos había un interés que no tenía nada que ver con el diseño de una página web.

—Esta empresa ofrece exactamente lo que yo necesito.

Keely intentó apartar la mirada, pero le resultaba imposible. Se sentía como una cobra hipnotizada por una mangosta.

Además, era absurdo. Un hombre como él nunca estaría interesado en alguien como ella.

—Si no te importa acompañarme— murmuró, después de aclararse la garganta.

Lachlan Brant volvió a sonreír, como si le costara trabajo permanecer serio.

—Vamos donde tú quieras.

Keely estaba esperando algún comentario típico de Raquel y su jefa no la decepcionó:

—Espero que este sea tu mejor trabajo, Keely.

Ella sonrió, con los dientes apretados, con lo cual la sonrisa resultó un poco rara. Como si ella hubiera hecho algún mal trabajo, pensó, indignada.

Aunque, a juzgar por cómo su mente calenturienta iba del

traje hecho a medida a la anchura de los hombros de Lachlan Brant y de ahí a su sonrisa, quizá Raquel hacía bien en recordarle que debía concentrarse en el trabajo.

— ¿Siempre es así? -preguntó Lachlan cuando habían salido del despacho.

Keely contuvo el deseo de ponerse a gruñir como un perro rabioso, como hacía con sus amigas cuando tenía alguna trifulca con la rottweiler.

—Raquel es una mujer muy ambiciosa, muy trabajadora. Por eso ha conseguido que esta empresa sea una de las más importantes de Melbourne— contestó, esperando que Dios la recompensara por ser tan profesional.

—Me alegra saberlo. Yo sólo trabajo con los mejores.

Lachlan estaba sonriendo y Keely se percató de que se le formaban unas arruguitas alrededor de los ojos... Entonces él se inclinó un poco y, en un momento de locura, pensó que iba a besarla...

—Y parece que estoy con la mejor.

— ¿Estás tonteando conmigo?

¡Oh, nooooooooooo! Esas palabras habían salido de su boca antes de que pudiera evitarlo y, horrorizada, vio que Lachlan sonreía como el gato que se comió al proverbial canario.

— ¿Y si fuera así?

«Si fuera así, eso significaría que estás interesado en mí como mujer, o sea que es mi día de suerte». Regañándose a sí misma por tan absurdo pensamiento, contestó:

—Eso no sería muy profesional. Tenemos mucho trabajo y prefiero que no haya distracciones.

— ¿Te parezco una distracción?

¿Qué estaba haciendo aquel hombre? ¿Quería volverla loca?

En la última media hora había pensado en su cuerpo, en sus ojos, en su sonrisa y en su trasero, por ese orden. Bueno, quizá lo último era, en realidad, lo primero en la lista, pero no podía seguir pensando en eso ahora que era incapaz de formar una frase coherente.

—No, sólo que esos jueguecitos no son lo mío. Prefiero

dedicarme al trabajo.

Afortunadamente, él caminaba a su lado y no tenía que mirarlo, concentrándose sólo en la interesante tarea de poner un pie delante de otro. Solía ponerse muy nerviosa cuando le gustaba un hombre y no le apetecía lo más mínimo pegarse un morrón delante de Lachlan Brant.

—Ah, qué interesante. ¿Y aplicas eso a todas las facetas de tu vida?

¿Qué le pasaba a aquel hombre? Sí, era irresistible, pero ¿tenía que hacerse el irresistible las veinticuatro horas al día?

—Eso no es asunto tuyo— contestó Keely, abriendo la puerta de su despacho.

Cuando pasó a su lado, respiró el aroma de su aftershave. Normalmente, odiaba el aftershave, pero aquél tenía una aroma fresco que parecía envolverla... y estando en un sitio tan pequeño con el hombre más atractivo que había pasado por su vida en mucho tiempo, Keely estuvo a punto de marearse.

—Vamos a empezar— murmuró, sentándose delante del ordenador.

El la rozó con la rodilla y ese simple roce consiguió despertar sus dormidas hormonas.

Genial. Lo que le faltaba.

—Soy todo tuyo— sonrió Lachlan Brant.

Y mientras Keely giraba la pantalla del ordenador para que él pudiera verla, tirando al mismo tiempo los lápices, los bolígrafos y todos los papeles que había sobre su mesa, sólo podía pensar una cosa: «Ojalá».

Lachlan consiguió parecer interesado mientras Keely hablaba de páginas, de diseños, de espacio en la red, de inserciones... pero aquella morena lo intrigaba precisamente por lo que no decía.

Parecía nerviosa.

Y debería estarlo.

La sofisticada mujer que hacía lo posible por impresionarlo

con sus conocimientos tenía un secreto y, aunque aún no había dicho nada, él sabía cuál era.

Los policías nunca olvidan una cara y, en su profesión, después de tres años en la radio, él nunca olvidaba una voz. Aunque la mujer que llamó la semana anterior parecía ligeramente embriagada, Lachlan recordaba la cadencia, la modulación de la melodiosa voz... que lo había puesto como un trapo.

Entonces se enfadó, pero ahora que tenía a su atacante tan cerca, le resultaba divertido.

— ¿Tienes alguna idea concreta sobre la imagen que quieres proyectar en tu página web?

Sus ojos de color pardo tenían un brillo de inteligencia, el traje de chaqueta de rayas, muy chic, le quedaba a la perfección, y Lachlan daría cualquier cosa por volver a ver el hoyito que le salía en la mejilla cuando sonreía.

—Llevo algún tiempo en la radio... no sé si habrás oído mi programa alguna vez.

¡Bingo! Ella se puso colorada hasta la raíz del pelo.

Keely asintió con la cabeza, mirando hacia un punto distante, por encima de su hombro izquierdo.

—Lo he escuchado alguna vez. Es interesante.

— ¿Qué te parecen mis consejos?

—Pues... pareces saber de qué estás hablando.

A pesar de que estaba disfrutando haciéndoselo pasar mal, Lachlan decidió poner fin a aquella tortura.

—Gracias. Hay una productora de televisión interesada en que haga un programa...

— ¿Ah, sí?

—Quieren utilizar la experiencia de la radio, pero modernizándola un poco. Y supongo que tú podrías ayudarme.

Colocándose un bolígrafo detrás de la oreja, Keely giró la pantalla del ordenador con una sonrisa en los labios. Ah, era guapísima, desde la melenita de color chocolate hasta aquel adorable hoyito...

Hacía tiempo que no salía con nadie después del último desastre, pensó Lachlan. Su ex novia no quiso saber nada de

un hombre que trabajaba tantas horas y decidió cortar la relación después de cuatro meses.

Quizá había llegado el momento de volver a salir con una chica. Empezando por la encantadora Keely Rhodes.

—Creo que puedo ayudarte. ¿Esto se parece a lo que tenías en mente?

Lachlan miró la pantalla, sorprendido de la velocidad con la que ella había conjurado un diseño.

—Vaya, eres una maga.

Keely se encogió de hombros.

—Me dedico a esto. Si no te gusta la forma o el color, podemos cambiarlo con facilidad, pero he pensado que te gustaría éste.

Había elegido un fondo negro con letras azules, muy moderno, muy llamativo.

—Me gusta, sí. ¿Soy tan fácil de entender?

De nuevo, el brillo de sus ojos hizo que deseara tomarla entre sus brazos. Él nunca había sido un cavernícola, pero aquella chica tenía algo que le hacía desear mostrarle su cachiporra y llevársela a la cueva.

—Uno de mis talentos es intuir lo que podría gustarle a los clientes. Y contigo ha sido muy fácil.

— ¿Ah, sí?

—Eres un hombre de éxito, decidido a llegar arriba en tu profesión. La imagen lo es todo para ti y no te gusta que nadie cuestione tus ideas. Bien educado, simpático, encantador...

— ¿Alguna cosa más?

—Falta sólo una para completar el paquete.

Lachlan se inclinó un poco hacia delante.

—Estoy deseando verlo.

Keely pulsó un botón del teclado y en la pantalla aparecieron unos gráficos de colores.

— ¡Tachán! La página perfecta -anunció, sonriendo.

Si se entusiasmaba tanto con su trabajo, habría que ver el entusiasmo que pondría en las actividades que realizase fuera de la oficina...

—Me gusta, pero creo que falta algo.

— ¿Ah, sí? ¿Qué falta?

Antes de que Keely pudiera evitarlo, Lachlan alargó la mano para levantar su barbilla con un dedo.

—La mujer perfecta.

CAPÍTULO 2

Pon mucha atención a los accesorios. Elige a un hombre con el mismo cuidado con el que elegirías un bolso de piel a juego con unos zapatos divinos.

Tahlia Moran, amiga y experta en hombres

¿Qué pasó después? -preguntó Emma, emocionada.

Keely tomó un sorbo de agua mineral.

—Nada. Lucy entró en el despacho y nos separamos como si hubiéramos estado haciendo algo malo— contestó, pinchando un trozo de lechuga.

Tahlia miraba de una a otra como si estuviera presenciando la final de Wimbledon.

— ¿Tú crees que estaba diciendo que tú eras la mujer perfecta?

Emma arrugó el ceño.

—Pues claro. ¿Qué otra cosa podía querer decir? Además, Keely dice que estuvo tonteando con ella todo el rato.

—Emma, tú siempre ves las cosas por el lado romántico.

Keely sonrió al ver a sus dos amigas discutiendo sobre su vida amorosa, o su falta de ella, como si no estuviera allí.

—El amor es lo que mueve el mundo— replicó Emma, como si fuera un hecho y no una de sus teorías favoritas.

—Lo que mueve el mundo es el dinero, bonita— contestó Tahlia, llamando al camarero.

—No todo el mundo se mueve sólo por dinero, señora directora de ventas.

—Yo no me muevo sólo por dinero, lo que me interesa es labrarme un futuro. Hay una diferencia. No hay nada malo en querer llegar arriba.

— ¿No crees que existe un techo?— preguntó Keely, encantada de haber cambiado de tema.

—De eso nada. Yo pienso llegar a lo más alto en esta empresa.

— ¿Y qué piensas hacer con la rottweiler?

Personalmente, Keely estaba convencida de que Tahlia llegaría a ser directora de WWW Diseños algún día. De hecho, darían la fiesta del siglo el día que Raquel desapareciera.

Tahlia se apartó el pelo de la cara, con ese gesto tan suyo, y soltó una risita confiada.

—Le pondré un bozal y la mandaré a una perrera.

— ¡Miau! -exclamó Emma.

—Yo que tú no haría eso delante de la rottweiler. Si te oye, te come— dijo Tahlia, sonriendo de oreja a oreja cuando Sammy, el camarero, se acercó para llevarles la nota.

No te preocupes por mí, la tengo controlada murmuró Emma, mientras las tres miraban el trasero de Sammy bajo el ajustado vaquero.

—Grrrr... -gruño Tahlia.

—Ay -suspiró Emma.

—Mmmm -murmuró Keely. Ella podía apreciar un buen trasero como cualquier chica normal. Pero enseguida recordó su dilema—. Bueno, ¿qué creéis que debo hacer con lo de Lachlan Brant?

Comían en Sammy's, el café más moderno de Southbank, el barrio más chic de Melbourne, todos los días. Y todos los días pedía una botella de agua mineral, una ensalada César, una pieza de fruta y un café con sacarina.

Aunque había hecho las paces con su pasado, su adolescencia solitaria y traumatizada por un problema de sobrepeso seguía persiguiéndola y no tenía intención de volver a sentirse así. El trauma de lo que pasó cuando, por fin, perdió los kilos que le sobraban le había dejado una profunda impresión, una que constantemente intentaba olvidar.

Así que ahora tenía que esforzarse mucho por mantenerse en forma, al contrario que Emma y Tahlia, que devoraban calorías sin engordar un solo gramo. Iban con ella a las clases de Pilates para divertirse, no porque lo necesitaran. Si no fueran sus mejores amigas, las odiaría.

—Yo creo que deberías sopesar los pros y los contras antes de hacer nada—contestó Tahlia, sacando un periódico del bolso para buscar el horóscopo.

—Oh, no, no empieces— protestó Emma.

Tahlia levantó una ceja, mirándola con su mejor expresión de: «no me toques las narices, muñeca».

—Comprobar qué te depara el destino es lo mejor que puedes hacer. A ver qué dice aquí... «En el trabajo encontrarás retos profesionales, pero también otros intereses. Déjate llevar».

Emma suspiró pesadamente.

—Ya estamos.

—Sí, bien, de acuerdo. Esto del zodíaco te ha ayudado en tu carrera, pero ¿qué pasa con los hombres?— preguntó Keely.

Tahlia se encogió de hombros.

—Por el momento, no tengo ningún problema.

—Pero no tienes novio— le recordó Emma.

Keely estaba de acuerdo, aunque no pensaba decirlo en voz alta. Tahlia, guapísima, divina, delgada, con el pelo monísimo, tenía un carrerón por delante, pero no salía con nadie.

—No me apetece tenerlo, y no es que me falten pretendientes— contestó Tahlia, volviéndose hacia Keely—. ¿Quieres saber lo que dice el horóscopo sobre tus posibilidades con el psicólogo o no?

¿Qué podía perder? Keely no había sentido ligo así por un hombre en... nunca. Y si su intuición era correcta, Lachlan tampoco era indiferente.

«Pero ¿y si se entera de que fuiste tú quien || puso verde en la radio?».

No pasaría nada. Lachlan parecía un hombre con sentido del humor. Quizá debería decirle la verdad...

Sí, seguro.

¿Seguiría interesado en ella si le revelaba su identidad como la mujer que lo llamó «fraude freudiano», «charlatán» y «estafador»?

Por alguna razón, le parecía que no.

Lo que Madame Tahlia y su bolita mágica pudieran decir no podría ser peor que la verdad.

—A ver, dime. ¿Qué debo hacer?

Tahlia asintió, muy seria.

—«Un contacto profesional podría ser alguien con quien querrías hacer algo más que almorzar. Abraza a la diosa que llevas dentro. Tu hombre no podrá quitarte las manos de encima». Hala, ya lo sabes.

— ¿Y qué debo hacer entonces?

—No lo sé, pero ya estás informada. Eres escorpio, ¿no?

Keely levantó los ojos al cielo.

—Libra.

—Era una broma, tonta— sonrió Tahlia, mientras se colocaba el bolso al hombro—. Tu destino está en tus propias manos, cariño. Está escrito en las estrellas.

Keely no contestó. Ninguna de las predicciones del horóscopo se había hecho realidad en el pasado. No había conseguido el ascenso, no había viajado en cinco años y seguía esperando que un hombre alto, moreno y guapo perdiera la cabeza por ella.

—Gracias, rica. Emma, ¿tú qué crees?

— ¿Sinceramente? Yo creo que Tahlia, la bruja, podría tener razón. Parece que el destino te ha puesto a ese tipazo en bandeja. ¿Por qué no te arriesgas, a ver qué pasa? Podría ser el amor de tu vida.

Desgraciadamente, eso era exactamente lo que Keely se temía.

Keely miraba el folio en blanco delante de ella, preguntándose dónde se habría metido su musa. Normalmente, cuando tenía un cliente nuevo le encantaba desarrollar ideas para crear el producto final.

En aquel caso, la carpeta de Lachlan Brant estaba en blanco. Cuanto más intentaba inventar un concepto nuevo, más pensaba en el hombre que le había encargado ese concepto y a fantasear con el azul único de sus ojos, su ondulado pelo oscuro...

Una campanita en su ordenador le anunció que tenía un mensaje. Mejor, pensó, cualquier cosa con tal de distraerse un momento.

A: KeelyR@WWWDiseños.com
De: Lucy-AP@WWWDiseños.com
Asunto: Chico nuevo

Siento haber entrado antes en tu despacho.
¡Guauuuu! En mi humilde opinión, es monísimo.
¿Te gusta?

Lucy

Keely sonrió, completamente de acuerdo con la «humilde opinión» de su ayudante, aunque «monísimo» no era la palabra que se le ocurría para describir a Lachlan Brant. Más bien sexy, irresistible, encantador.

De todas formas, estaba bien saber la opinión de otra mujer al respecto. Además de la de sus amigas, claro. Si fuera por Emma y Tahlia, ya estaría casada con Brant.

A: Lucy-AP@WWWDiseños.com
De: KeelyR@ WWWDiseños.com
Asunto: Último encargo

Hablando del tema, estoy ahora mismo con su página web. Y por cierto, Lachlan Brant es intocable.

El nivel de interés ha aumentado... todo en nombre del negocio, por supuesto. Tú concéntrate en Aidan.

Keely

No tenía derecho a decirle a Lucy que Lachlan Brant era intocable, por supuesto. Pero, por si acaso...

Ahora sólo tenía que encontrar la forma de pegarse a Lachlan sin resultar demasiado obvia e iría de camino al

ascenso. Cuando sonó el teléfono, contestó pensando que sería Lucy para seguir la broma.

—Hola, soy Lachlan Brant.

Keely se estiró tan súbitamente que estuvo a punto de caerse de la silla.

—Hola, Lachlan, dime —contestó, como si no pasara nada.

Él vaciló durante una fracción de segundo y a Keely, con su superactiva imaginación, le pareció que ese silencio estaba cargado de promesas.

—Quería saber cómo iba mi página.

—Bien -contestó ella—. Estaba... dándole vueltas a un par de ideas.

— ¿Por ejemplo?

Genial. Aunque ella era muy creativa en su trabajo, nunca se le había dado bien inventar algo de repente. Y tampoco se le daba bien contar mentiras.

—Pues... a juzgar por tu trabajo en la radio, estaba pensando que la página debería enfocarse en ti personalmente. Algo así como... conocer al hombre que hay detrás de la voz.

Keely se aplaudió a sí misma por su inventiva.

—Suena bien. Por eso llamaba precisamente. Me gustaría que vinieras a la emisora esta noche para ver dónde trabajo. Ya sabes, quizá encuentres alguna idea que puedas incorporar a la página. Y luego, podríamos tomar un café.

Tomar un café... ¡le estaba pidiendo que saliera con él!

—Muy bien, estupendo.

—Así, de paso, podríamos trabajar juntos en la página.

Y así, de repente, todas sus esperanzas se esfumaron. No quería mirarla a los ojos mientras tomaban un café, coquetear con ella mientras se comían una magdalena...

Sólo le había pedido que tomaran un café para ver cómo iba la página.

Pero era lo normal. Estaba trabajando para un cliente. ¿Por qué se hacía tontas ilusiones?

—Me parece muy bien— contestó, intentando parecer animada—. ¿A qué hora?

— ¿Por qué no voy a buscarte? Los de seguridad pueden ser un poco antipáticos con los extraños, sobre todo por las noches. Hay mucho loco suelto por ahí que se dedica a meterse conmigo.

Keely se atragantó con el agua que estaba bebiendo y se puso a toser como una loca.

— ¿Estás bien?

Podría haber jurado que preguntaba con tono jocoso. ¿Dónde estaba la gracia? ¿Le hacía gracia que hubiera estado a punto de ahogarse?

—Espero que la sugerencia de ir a buscarte no haya sido la responsable del ahogo.

—Depende de a lo que tú llames «ir a buscar».

¿Qué estaba diciendo? ¿De dónde había salido eso?

Estaba tonteando con él, pero ¿por qué no podía disimular un poco?

—Empezaremos por la versión normal: iré a buscarte a tu casa y te llevaré a la emisora— contestó Lachlan, riendo. Tonteando otra vez.

De verdad, no debería animarlo.

Era un cliente.

Era un psicólogo que podría pasarse la vida psicoanalizándola.

No tenía nada que ver con ella.

— ¿Ese silencio significa que sí?

—Bueno, entre quedarme callada y ahogarme yo diría que lo primero es una mejora, ¿no te parece?

—Lo que me parece es que tú no necesitas mejorar en nada, Keely.

Le encantaba cómo decía su nombre, pronunciando las dos «es» como una «i». Mucha gente la llamaba Kelly y eso la ponía de los nervios.

—Gracias. ¿A qué hora entonces?

«No es una cita, no es una cita», se decía a sí misma.

— ¿A las seis te parece bien?

Le parecía fatal. No tendría tiempo de lavarse el pelo, ni de buscar un vestido para impresionarlo, ni de limpiar la casa por

si acaso... por si acaso luego quería tomar allí una copita.

—Muy bien. Vivo en Beacon Cove, apartamento 8/24.

—Entonces nos vemos a las seis.

—De acuerdo.

— ¿Keely?

—¿SÍ?

—Estoy deseando verte.

Lachlan colgó antes de que ella pudiera responder, lo cual fue una suerte porque sería difícil contestar mientras estaba sonriendo como una perturbada mental.

Keely apenas levantó la cabeza cuando Lucy entró en su despacho. No tenía un momento que perder. Además de tener que ir a casa a arreglarse, debía llevar algo en el dossier para enseñárselo a Lachlan. Algo, lo que fuera. Y, por el momento, las únicas ideas que se le habían ocurrido eran cosas que no tenían nada que ver con el trabajo... y tenía la impresión de que eso no quedaría muy apropiado en la página web.

Lucy se sentó en la esquina del escritorio, se quitó las gafas de cristales rosas y empezó a limpiarlas con el bajo de la blusa verde.

— ¿Por qué estás tan nerviosa?

Keely metió la carpeta en su bolso y cerró la cremallera.

—Tengo que irme. Ahora.

— ¿Tienes una cita?

—No —contestó Keely, poniéndose colorada.

Como era de esperar, su astuta ayudante insistió:

— ¡Tienes una cita! Y seguro que sé con quién. ¿Las iniciales «LB» te dicen algo?

—Es parte de mi trabajo, bonita.

—Sí, sí, seguro. Ahora se llama así.

—Mira, Lucy, no tengo tiempo para esto. Además, ¿no deberías estar trabajando en la página de *Flirt?* Ah, por cierto, creo que Aidan ha estado por aquí... revisando algunas cosas.

Bingo. Su ayudante se puso como un tomate.

—Sí, lo he visto un momento.

— ¿Por qué no lo invitas a salir?

—Sí, seguro.

—Es perfecto para ti.

Lucy saltó del escritorio.

—Tengo que seguir trabajando. Que lo pases bien con LB.

—Es *trabajo*.

—Ya, ya. Espero un e-mail con los detalles mañana a primera hora. Adiós.

—Sólo es trabajo —insistió Keely. Ojalá pudiera creerlo.

El timbre sonó cuando estaba poniéndose brillo en los labios, pero tuvo tiempo de echar una última mirada al espejo. No estaba mal: pantalones pirata negros, un ajustado top de color granate, el pelo perfectamente alisado y un poquito de maquillaje.

No estaba divina, pero sí mona. Con un poco de suerte, Lachlan se quedaría impresionado.

Cuando abrió la puerta y vio que le brillaban los ojos, supo que había acertado. De lleno.

—Hola.

Lachlan le había parecido impresionante en la oficina, con traje de chaqueta y corbata, pero no era nada comparado con el Lachlan en vaqueros, camiseta blanca y chaqueta de cuero negro.

—Estás muy guapa. ¿Nos vamos?

Ella asintió, haciendo un esfuerzo por apartar la mirada de aquella camiseta, bajo la que parecía haber unos pectorales duros como piedras.

—Voy a buscar el bolso.

Como si no le hubiera costado trabajo convencerse a sí misma de que lo de aquella noche era parte de su trabajo, tenía que aparecer con ese aspecto de motero...

—Bonito apartamento —murmuró él.

—Pasa —dijo Keely. Pero estaba tan nerviosa que tomó el bolso al revés y se le cayeron todos los papeles.

—Espera, deja que te ayude —Lachlan se inclinó, pero

como ella lo hizo al mismo tiempo se dieron un golpe en la cabeza que resonó por todo el apartamento.

— ¡Ay! —Keely se sentó en el suelo, llevándose una mano a la frente. Genial, la maldición que la perseguía cada vez que estaba con un hombre guapo había vuelto a ponerse en acción.

Afortunadamente, él soltó una carcajada.

— ¿Te sientes incómoda conmigo o estas cosas te pasan a menudo?

—Eres tú —contestó Keely.

—Primero tiras todo lo que hay sobre tu escritorio y ahora se te cae el bolso... y me produces una conmoción cerebral en el proceso. Debo de ser yo —sonrió Lachlan, dando un tirón para levantarla.

Keely puso la mano sobre sus pectorales. Sí, eran tan duros como cabía esperar. Y cuando él la miró como si fuera la única mujer en el mundo, decidió que no le importaba nada que se le cayera el bolso, los bolígrafos o lo que fuera.

—Si yo soy el problema, ¿cuál es el remedio?

—Tú eres médico, dímelo -contestó ella, con voz ronca.

—Dos besos y me llamas por la mañana.

«Vamos, piensa algo, di algo divertido y simpático».

Pero no se le ocurría nada.

No podía contestar nada simpático y divertido porque él la estaba mirando como si quisiera comérsela. ¿O era su imaginación?

Trabajo... cliente... ascenso...

Eso fue suficiente para que tomara la decisión de apartarse.

—Si ésa es una de tus curas, no me sorprende que seas tan popular.

—No suelo recetarle ese remedio a todo el mundo.

-Ah, qué bien -había querido sonar simpática, pero el comentario le salió irónico y Lachlan la miró con cara de sorpresa.

—Aunque me gustaría mucho curarte, será mejor que nos vayamos a la emisora. El programa empieza en menos de una

hora. ¿Ya estás lista?

Keely consiguió asentir con la cabeza, seguirlo y cerrar la puerta con llave sin que ocurriera ningún otro percance. Pero un pensamiento logró atravesar la niebla que se había instalado en su cerebro:

«Si los besos eran parte de la cura, de repente sentía un gran deseo de empezar el tratamiento».

CAPÍTULO 3

En lo que se refiere a los hombres, siempre sigue el consejo de «pruébatelo antes de comprarlo».

Lucy, ayudante personal fuera de serie

Lachlan miró la mesa de sonido para comprobar que no estaba en el aire, se quitó los auriculares y le hizo un gesto a Keely para que entrase en el estudio.

Llevaba tres horas mirándola a través del cristal, completamente distraído. Le había costado más que nunca hacer su trabajo y estaba harto. Ya era hora de relajarse y pasar un rato en compañía de una mujer que le interesaba... en muchos sentidos.

Había pensado que, llevándola a la emisora, Keely le contaría que había sido ella quien llamó para ponerlo verde. Pero, a pesar de la oportunidad, no había confesado y eso lo sorprendía. El valoraba la honestidad por encima de todo... gracias a la mentirosa de su madre, que había dejado a su padre con el corazón roto. Y, por eso, había jurado no acabar como él, un hombre triste y solitario obsesionado con la única mujer a la que no podía tener.

Aunque la llamada de Keely no había sido nada importante, se preguntó por qué la mantendría en secreto.

En cualquier caso, quería darle una oportunidad. Le gustaba de verdad y quería conocerla mejor.

Empezando en aquel mismo instante.

Era una mujer muy atractiva que se movía con elegancia y distinción. Y tenía una seguridad que haría que cualquier hombre se fijara en ella.

Y eso fue lo que le pasó cuando la vio en WWW Diseños. Normalmente, él era un hombre que se pensaba las cosas dos veces, pero al ver a Keely decidió firmar el contrato sin esperar un minuto más.

— ¿Qué te parece? ¿Se te ha ocurrido alguna idea para la

página?

—He estado echando un vistazo, he hablado con algunos de tus compañeros y he anotado algunas ideas, sí. ¿Lo ves? Tengo suficiente para mantenerme ocupada durante unos días. Ha sido buena idea lo de venir a la emisora.

Él apenas miró el cuaderno, más interesado en lo que *no* decía. Deformación profesional, claro. Estaba acostumbrado a leer en los gestos de la gente. En su opinión, los gestos revelaban más sobre una persona que todo lo que pudiera decir.

En el caso de Keely, parecía nerviosa. ¿Sus nervios serían debidos al pequeño secreto o eran causados por algo más importante? ¿Era sólo él o todos los hombres la pondrían nerviosa?

Si seguía así, sería imposible conocerla mejor.

— ¿Quieres que vayamos a tomar un café?

—Sí, claro.

— ¿Te apetece cenar? —preguntó Lachlan.

En general, prefería comer algo en casa mientras trabajaba en el programa del día siguiente, pero la idea de mirar a Keely a la luz de las velas estimulaba su apetito en todos los sentidos.

—No tengo hambre —contestó ella.

—A ver si lo adivino, estás a dieta —sonrió Lachlan. Sabía que no podía ser. Tenía un cuerpazo y las mujeres con un cuerpazo no hacían dieta.

Para su asombro, ella dio un paso atrás y se colocó el bolso frente al pecho, como si fuera un escudo.

—A ver si lo adivino yo: tú crees que debería ponerte a dieta.

Para ser psicólogo, a veces era muy idiota, pensó Lachlan. Muchas mujeres eran sensibles con respecto a su peso y, evidentemente, Keely era una de ellas.

—Oye, que yo no he dicho eso...

—No, pero lo has dejado caer.

Lachlan sacudió la cabeza. Un minuto antes estaba preguntándose si era su simpática torpeza, su nerviosismo, su

belleza o una combinación de esas tres cosas lo que tanto lo atraía de ella... Pero acababa de descubrir que iba a tener que reevaluar su interés por la morena.

La belleza era una cosa y el comportamiento irracional, otra muy distinta. Y por mucho que quisiera conocerla mejor, si mostraba tal paranoia por un simple comentario, a saber cómo actuaría en un momento de crisis. Había sufrido a una mujer así en el pasado, su madre, la reina de la inconsistencia, y no pensaba pasar por eso otra vez.

— ¿Qué tal si seguimos con el plan de tomar café y nos olvidamos de la cena? —sugirió, molesto.

—De acuerdo. Yo invito —contestó ella, dejando caer los hombros.

Y, mientras salían de la emisora, Lachlan supo que, a pesar de su extraño comportamiento, le interesaba conocer a aquella guapísima diseñadora gráfica.

Keely tomó un sorbo de su café irlandés, agradeciendo el chorrito de alcohol mezclado con la cafeína. Cualquier cosa que le calmara los nervios. Primero tiraba el contenido del bolso y luego se ponía histérica cuando él hizo el comentario sobre la dieta...

Aunque Lachlan hacía todo lo posible por mostrarse simpático, sería difícil recuperarse de dos pasos en falso en una sola noche.

Al menos no había tropezado ni tirado nada en las últimas horas, pensó.

—Bueno, cuéntamelo.

— ¿Perdón?

—Cuéntame qué has hecho hasta ahora con la página web.

Keely sacó la carpeta del bolso y la puso sobre la mesa.

—Esto es sólo una idea, claro. Es un poco difícil de explicar...

Era más que eso. Había cubierto una hoja de papel con docenas de post-its, anotando cualquier cosa que le pareciera interesante cuando por fin consiguió concentrarse en la tarea.

—Y no olvides que he visto muchas cosas nuevas en la emisora. Mañana intentaré incorporar todo eso en la página.

Desgraciadamente, algunas de las cosas que había visto en la emisora no le habían gustado demasiado. Estaba dejando que la atracción que sentía por Lachlan nublara su juicio, pero el comentario sobre la dieta le había recordado que era como todos los hombres: obsesionado por cosas superficiales, como el cuerpo de una mujer más que su corazón.

Durante toda su vida había tenido que soportar muchas bromitas sobre su peso, pero ninguna de ellas le había dolido tanto como el comentario de Lachlan. Esperaba más de un hombre como él, pero eso demostraba que no era no tan perfecto.

Además, Lachlan Brant era un cliente y no le nía ningún derecho a soñar despierta con cosas que no tenían por qué pasar.

—Ajá —murmuró él, mirando la página llena de papelitos amarillos—. Me gusta lo que has hecho hasta ahora. Creativo, interesante, efectivo...

Cuando le devolvió la carpeta, Keely quería abrazarlo. Su trabajo era lo más importante para ella y Raquel no era precisamente de las que daban golpecitos en la espalda.

—Gracias.

—Si esto es lo que puede hacer en un solo día, el producto final será extraordinario —sonrió Lachlan, apoyando un brazo en el respaldo del sofá.

Ese gesto hizo que su camiseta se estirase, definiendo unos músculos que parecían estar suplicando ser acariciados.

Keely intentó tragar saliva, pero se le había quedado la boca seca al asociar «músculos» y «acariciar» en la misma frase.

—Me alegro de que te guste.

—Bueno, ahora que ya nos hemos quitado eso de en medio, vamos a pasarlo bien.

Oh, no.

La frase «pasarlo bien» tenía el mismo efecto devastador en su psique que «músculos» y «acariciar».

— ¿Pasarlo bien? —repitió.

—No te importa que nos quedemos un rato, ¿no? He trabajado mucho esta semana y no me importaría relajarme un poco con un buen café, un poco de buena música y mejor compañía.

Como si ella necesitara que la convencieran...

—Sí, eso estaría bien.

Estar con un hombre como Lachlan Brant sería asombroso, mucho más interesante que meterse en la cama con una novela de terror, sola y muerta de miedo. Aunque leía novelas de terror porque le gustaban, aún no había conseguido conquistar sus miedos cada vez que oía un ruido en el pasillo.

—Estupendo. ¿Quieres una copa?

—Otro café, gracias.

Lachlan levantó una ceja.

— ¿Estás segura? Con tanta cafeína, no vas a pegar ojo en toda la noche.

Keely se encogió de hombros.

—No duermo mucho de todas formas.

Los recuerdos dolorosos le hacían eso a una persona, por mucho que intentara apartarlos de su mente.

—Una pena. A lo mejor no has encontrado nada que te haga dormir.

—Lo he intentado todo: la tila, la valeriana, contar ovejas, el ruido de las olas, escuchar música suave... nada funciona.

Lo que no dijo fue que las únicas ocasiones en las que era capaz de dormir ocho horas de un tirón era cuando salía con un hombre y dormía a su lado.

—Puede que yo tenga la solución.

«Eso espero», le dijo una vocecita.

— ¿Qué?

Lachlan se inclinó un poco hacia delante como si fuera a besarla. Pero no, eso no podía ser. ¿Por qué iba a besarla?

—No sé si te interesará.

— ¿Por qué no me lo cuentas?

—Tendrías que estar tumbada conmigo a tu lado... y abrir tu mente a un montón de posibilidades.

Oh, cielos.

Keely tragó saliva, buscando desesperadamente algo ingenioso que decir. Pero tenía la mente en blanco... bueno, en blanco del todo no. Su proposición había despertado ciertas imágenes eróticas del todo inadecuadas.

—Estoy hablando de hipnoterapia —dijo él entonces. Y cuando soltó una risita, a Keely le entraron ganas de darle con el bolso.

—Ya me lo imaginaba.

— ¿Ah, sí? Pues a mí me parece que tenías algo mucho más interesante en mente —dijo Lachlan, tomando su mano.

—Te equivocas. No soy tan obvia.

— ¿Tú crees?

El calor de su mano, combinado con el brillo de sus ojos, encendió un fuego que se extendía por todo su cuerpo.

En un solo día, aquel hombre había despertado en ella reacciones completamente diferentes. Siendo una persona realista, Keely sabía que lo de casarse con un buen chico, tener niños y vivir en una casita con piscina no era para ella. ¿Cómo iba a serlo cuando no podía tener uno de los ingredientes vitales en aquel escenario?

En aquel momento tenía que ocuparse de su carrera, de su ascenso y de su vida social. ¿Había sitio en su vida para un hombre, una relación y las posibles implicaciones?

No le importaría nada salir con Lachlan Brant, pero ¿y si él quería algo permanente? Al final, sería un desastre, como siempre.

A pesar de lo que decían al principio, la mayoría de los hombres querían tener hijos... y ella no podría darle eso.

Era una lección que había aprendido de la peor manera posible: Jon, él único hombre con el que había pensado en un posible futuro, había salido corriendo cuando tuvo el valor de decirle la verdad. Ella esperaba un anillo de compromiso, pero había terminado con el corazón roto.

Si había aprendido algo durante su época adolescente, marcada por el exceso de peso, la soledad, la baja autoestima, las horas pasadas en el psicólogo, la drástica pérdida de peso y

el colapso subsiguiente, era a proteger su corazón. Que alguien lo pisoteara no podía ser bueno para su ego, y tampoco para su salud.

No, ahora tenía mucho más cuidado.

Si Lachlan Brant quería tontear con ella, bien.

Si quería tomar su mano y recetar un beso ocasional, bien.

Si quería algo más... que Dios la ayudase.

CAPÍTULO 4

Un hombre te impedirá ascender profesionalmente a la misma velocidad que saldrá corriendo si mencionas la palabra «amor».

Raquel Wilson, una cínica que odia a los hombres

— ¿Qué hace *La colección de Keely* fuera del baúl de los recuerdos? —Emma tomó el álbum y empezó a echarle un vistazo.

—Lucy me ha pedido que lo trajera. Estábamos trabajando en un formato para *Flirt* y me ha preguntado si guardaba alguna de estas cosas —Keely no levantó la mirada del ordenador, a punto de darle los últimos toques a la página de la empresa de ropa deportiva.

—Esto es asombroso. Debería ser una guía para cualquier chica que quiera sobrevivir a su primera cita con un hombre —murmuró Emma, pasando las páginas—. Guardas consejos y frases como otras personas coleccionan sellos o postales.

Keely siguió concentrada en el trabajo. Una pena que no le pasara lo mismo cuando tocaba la página de Lachlan.

—Es una afición como cualquier otra.

— ¡Ay, Dios mío! ¡Aquí hay cosas que he dicho yo!

—Nadie está a salvo —murmuró Keely—. Y ahora cállate y deja que termine esto.

— ¿Por qué insistes en terminarlo hoy? Pensé que no tenías que tenerlo hasta la semana que viene. Yo no he terminado con la animación.

—Tengo mucho trabajo —insistió Keely.

—No tendrá algo que ver con tu nuevo encargo, ¿verdad?

—No seas boba. Yo trato a todos mis clientes de la misma forma.

—Sí, sí, seguro. ¿Por eso estuviste en el Swing Room con Lachlan Brant anoche? ¿Querías ponerle acompañamiento musical a su página?

Keely se puso colorada.

— ¿Cómo lo sabes?

—Una jovencita famosa por ser tan indiscreta como amoral me lo contó.

— ¿Chrystal estaba allí?

Genial, ahora lo sabría toda la oficina.

—Es el café más moderno de la ciudad, según nuestra devorahombres oficial. Bueno, cuéntame.

—No hay nada que contar. Estuve en la emisora para ver si me daba alguna idea y luego fuimos a tomar un café.

—Sí, ya. En ese caso, no estarás interesada en esto —dijo Emma, poniendo un papel bajo su nariz.

— ¿Qué es?

—A ver... se llama *Mi hombre perfecto* y se ha caído de tu álbum...

— ¡Dame eso!

—No tan rápido, bonita —Emma se apartó y empezó a leer —. Parece una lista. A ver cuántas de estas casillas reúne el maravilloso señor Brant...

—Escribí eso cuando tenía diecinueve años. ¿No puedes dejarme en paz?

Emma no le hizo ni caso, como era de esperar.

—Según esto, tu hombre perfecto debe medir más de un metro ochenta, tener el pelo oscuro, los ojos claros, una bonita sonrisa, sentido del humor, estudios universitarios, un buen trabajo, un cuerpazo, debe ser aventurero, debe gustarle el jazz, la buena comida... o sea, los donuts, y debe besar muy bien —Emma levantó los ojos al cielo-. ¡Por favor! No pides nada, rica.

—Es una tontería que escribí cuando era una cría —se defendió Keely, recordando exactamente el día que lo había escrito.

Por fin había conseguido volver a su vida normal, después de la pérdida de peso y el colapso subsiguiente, y el primer chico con el que salió, Ray el Rata, la había dejado después de tres meses por una chica de diecisiete años. En la lista estaban todas las cualidades que Ray no tenía y, por lo tanto, todo lo que ella quería en un hombre.

Emma sonrió.

—Te equivocas, no es una tontería. Yo creo que aquí se especifica exactamente cómo es tu hombre perfecto y, si no me equivoco, parece que lo has encontrado.

Keely apartó la mirada. La verdad era que también ella lo había pensado.

Lachlan Brant reunía todos los requisitos, aunque no sabía si sería aventurero y, con ese cuerpazo, no lo imaginaba poniéndose ciego de donuts.

En cuanto a su habilidad «besatoria», mejor no pensar en ello.

—No tengo tiempo para esas tonterías.

—Qué pena —suspiró su amiga-. Tener claro lo que quieres de un hombre, encontrarlo y darle la espalda a mí me parece una pena.

— ¿No tienes nada que hacer? —replicó Keely, guardando el cuaderno en un cajón para ver si funcionaba eso de «ojos que no ven corazón que no siente».

—Sí, claro. ¿Nos vemos en la clase de Pilates?

Keely asintió, esperando que su amiga saliera del despacho antes de mirar el cajón como si contuviera una serpiente venenosa.

—Hombre perfecto... y una porra —murmuró, antes de volver al ordenador... rezando para que Lachlan Brant no lo fuera.

— ¿Quería algo, señor Brant?

Lachlan consiguió mirar a los ojos de la voluptuosa recepcionista, tarea nada fácil porque el escote que llevaba podría tentar a un santo.

— ¿Keely está libre en este momento? Tengo que hablar con ella.

De hecho, quería algo más que hablar con ella, pero eso tendría que esperar. Desde aquel «casi beso» la noche anterior, no había podido dejar de pensar en ella. Francamente, no había podido pensar en otra cosa y la única forma de

solucionar el problema era enfrentándose con él de cara.

Esa mujer se le había metido en la cabeza en un solo día, un récord para él, que siempre tenía mucho cuidado con esas emociones. Nunca le había gustado tanto una mujer, aunque fuera tan espectacular como Keely Rhodes.

—Voy a ver si está libre —dijo la recepcionista, pulsando un botón del teléfono.

Tenía que estar libre, en todos los sentidos.

La idea de que Keely tuviera novio ni se le había pasado por la cabeza. No la veía como el tipo de mujer que anima a un hombre cuando está saliendo con otro. Aunque nunca se sabe. Su madre, por ejemplo, era de las que hacían eso.

—Keely lo espera en su despacho —dijo la recepcionista enseguida—. ¿Quiere uno? —preguntó luego, ofreciéndole una bandeja de donuts. Pero, por su tono, parecía estar ofreciéndole algo más.

Y él estaba harto de que las mujeres se le echaran encima. Prefería las cosas más sutiles, que una mujer actuara como si no supiera lo que estaba pasando...

Pero eso no significaba que tuviera que ser grosero.

—Gracias, señorita. Espero que no se me ponga en las caderas.

—Por lo que yo veo, sus caderas están divinamente —contestó la recepcionista.

«Esperemos que Keely sea de la misma opinión», pensó Lachlan antes de llamar a su puerta de su despacho.

—Entra.

¿Cómo actuaría, como si la noche anterior no hubiera pasado nada? ¿Se lo habría tomado a broma? Personalmente, le gustaría que lo hubiera pasado tan bien como él y quisiera repetir la experiencia.

—Espero no interrumpir. Venía a darte un par de ideas para la página web... ¿Qué pasa?

Keely intentaba apartar la mirada, pero ver a Lachlan Brant comiéndose un donut de canela, uno de los criterios para su hombre perfecto, la dejó helada.

—No, no... ¿Te gustan los donuts?

—Son una de mis debilidades —contestó él, con una sonrisa tímida, como la de un crío al que hubieran pillado en un renuncio—. ¿Qué puedo decir?

«Puedes decir algo grosero, alguna estupidez, cualquier cosa que no me guste».

Pero era absurdo. Enamorarse de un hombre como Lachlan Brant, el hombre perfecto según sus requisitos, parecía inevitable.

En las cosas del corazón era tan romántica como Emma, aparentemente.

— ¿Por qué me miras así? ¿Tengo azúcar en los labios o algo?

Keely contuvo la respuesta: «O algo, preferiblemente yo».

—Es que... estaba trabajando...

—Perdona.

—No pasa nada.

— ¿Anoche lo pasaste bien?

Oh, no. ¿Se refería a la emisora o al café donde la atracción que había entre ellos se había hecho evidente?

—Sí, lo pasé bien.

—Me alegro. Porque quería sugerir algo...

—Dime.

— ¿Qué te parecería saber algo más del hombre detrás de la voz... y añadir alguna cosa más a la página web?

—Pensé que eso era lo que había ido a hacer anoche a la emisora.

—Eso fue sólo el principio. Lo que yo tenía en mente era que pasaras algún tiempo conmigo... para conocerme mejor.

—Ya.

—Verme con otras personas, en diferentes situaciones.

Keely tuvo que hacer un esfuerzo para no desmayarse.

—A ver si lo entiendo. Quieres que pasemos tiempo juntos... ¿fuera del trabajo?

—Eso es.

— ¿Y en qué situaciones?

-Pues... haciendo surf, paseando, organizando una barbacoa en casa, cosas así. Tengo una casa en la playa, pero

todo sería estrictamente profesional, por supuesto -contestó Lachlan, acercándose un poco más.

Keely respiró profundamente, intentando llevar oxígeno a su cerebro. Pero en lugar de oxígeno lo que le llegó fue el aroma de su aftershave. Ese aroma enloquecedor. Y para empeorar las cosas, él la estaba mirando como si quisiera devorarla.

—Llámalo trabajo de investigación —siguió Lachlan, poniendo la mano en el respaldo de la silla.

Keely se aclaró la garganta.

—Suena bien. ¿Has planeado alguna aventura para este fin de semana?

Lachlan soltó una carcajada.

—Parece que no te apetece mucho.

—No... ¿Por qué dices eso?

—Has arrugado el ceño, la nariz... Ya te dije que soy un experto en leer el lenguaje corporal de la gente.

«Sí, seguro», pensó ella.

No debía dejarse cegar por las hormonas. Lachlan Brant era igual que esos psicólogos a los que la mandaban de adolescente, los que creían saberlo todo, pero no entendían nada. ¿Cómo iba a saber un hombre como él lo que era atiborrarse de comida para llenar el vacío de su vida? Él no sabría lo que era sentirse solo en el instituto, ni habría pasado vergüenza por su aspecto físico, ni se habría sentido lo peor de la tierra. ¿Qué sabía él?

La chica que llamó a la emisora esa noche, la noche que ella intervino tan groseramente, estaba buscando ayuda ¿y qué había hecho Lachlan?: la había despachado en dos minutos, diciendo que debía ir a un gimnasio, comer menos y hacer amigos.

A Keely se le partió el corazón. Ella había pasado por eso tantas veces... Oír esos absurdos consejos que no servían de nada hizo que tomara el móvil y le dijera cuatro cosas.

Lógicamente, no debería sentirse atraída por él. Pero físicamente, quería pegarse a Lachlan y no apartarse hasta que hubiera terminado el encargo.

—Oye, que no voy a hacerte saltar de ningún precipicio. Tú sólo tendrás que sentarte y mirar —dijo él entonces, mirándola con cierta preocupación.

—Me parece bien. Te llamaré… pero ahora tengo que seguir trabajando.

Pero no le parecía bien. No, no le parecía nada bien.

Y tenía la impresión de que cuanto más tiempo pasara con Lachlan, más alto seria el muro protector que tendría que construir para salvaguardar su corazón.

CAPÍTULO 5

Da igual que no sepa bailar mientras sea un experto en el baile horizontal.

Chrystal, devoradora de hombres

—Estáis saliendo —dijo Tahlia.

—No estamos saliendo, de eso nada —replicó Keely—. Estamos pasando tiempo juntos como parte del trabajo —añadió, deseando que la clase de Pilates no terminase nunca. De esa forma, no tendría que pensar en Lachlan Brant y en el caos en el que se había convertido su vida.

Emma se levantó de un salto y le ofreció su mano.

—Pero es algo más que trabajo. ¿Qué pasa con los tonteos? ¿Y todo el tiempo que pasáis juntos? No olvides que fue idea suya, además.

Keely llevaba todo el día haciéndose las mismas preguntas. Lachlan estaba en sus pensamientos día y noche...

Afortunadamente, Nadia había anunciado por fin su embarazo y estaba segura de que no era una coincidencia que Raquel le hubiera dado ese cliente a ella. Si lo hacía bien, tenía la sospecha de que el ascenso sería suyo.

—Es sólo eso, investigación. Tengo que saber más cosas de él para crear una página web.

Tahlia tomó un largo trago de agua.

—Sé que el ascenso es importante para ti, pero no te engañes a ti misma. A ese hombre le gustas y, si no me equivoco, el sentimiento es mutuo.

Keely odiaba que sus amigas tuvieran razón.

—Bueno, ¿y qué? Eso no afectará a mi trabajo, que es lo importante. ¿Qué hay de malo en pasarlo bien?

Emma levantó su larga coleta rubia para colocarse la toalla al cuello.

—Cariño, no hay nada malo en pasarlo bien, pero yo creo que es algo más. Si Lachlan sólo estuviera interesado en un revolcón, no se molestaría tanto.

Esperando que Tahlia le llevase la contraria, Keely se volvió hacia ella. Pero, para su sorpresa, Tahlia se encogió de hombros.

—Lo siento, pero estoy de acuerdo con la romántica.

—Genial —suspiró Keely—. Justo lo que me hacía falta, que os pusierais de acuerdo precisamente ahora.

—Sólo estamos siendo objetivas —replicó Emma, ofreciéndole una bebida isotónica. Keely tomó un largo trago, esperando que los electrolitos le hicieran recuperar las neuronas que había perdido desde que conoció a Lachlan Brant.

— ¿No te das cuenta de que no hace más que buscar excusas para verte? —sonrió Tahlia.

—Recuérdame que no vuelva a darte detalles de mi vida amorosa.

— ¿Vida amorosa? —repitió Emma.

Keely se mordió los labios. Bocazas, era una bocazas.

—Bueno, ya está bien. Me gusta Lachlan, es perfecto. ¿Satisfechas?

—No tanto como lo estarás tú si consigue lo que quiere este fin de semana —contestó Tahlia, haciendo lo posible por poner cara de inocente, algo que se le daba fatal.

Emma soltó una risita y Keely levantó los ojos al cielo. Aunque, si era sincera consigo misma, debía reconocer que deseaba que la predicción de su amiga se hiciera realidad.

El e-mail de Lucy fue el primero que Keely abrió el viernes por la mañana y, desgraciadamente, no la ayudó nada.

A: KeelyR@WWWDiseños.com
De: *Lucy-AP@ WWWDiseños.com*
Asunto: El hombre perfecto

He terminado con el test de la revista Flirt. *La colección de Keely me inspiró mucho, por cierto.*

Échale un vistazo y dime qué te parece.

Por cierto, podrías aplicar las preguntas a Lachlan Brant, a ver

qué sale.

Lucy

Keely contuvo un gemido. ¡Lucy también! Por si las bromitas de Emma y Tahlia no eran suficientes, ahora tenía que soportar las de su ayudante...

Pero cuando le echó rápido vistazo a la lista de preguntas, no pudo evitar soltar una carcajada.

Lo que debe tener el hombre perfecto:

a) pectorales perfectos
b) unos bíceps de ensueño
c) un buen trasero
d) un buen paquete

El hombre perfecto prefiere:

a) calzoncillos bóxer
b) calzoncillos normales
c) tanga
d) ir a pelo

El hombre perfecto está perfecto con:

a) un traje de chaqueta
b) vaqueros
c) ropa interior
d) nada en absoluto

El mejor accesorio para el hombre perfecto es:

a) unos gemelos
b) una agenda electrónica
c) un alfiler de corbata
d) tú

Aunque Keely estuvo de marcar la d) en todas las preguntas, decidió contestar:

A: Lucy-AP@ WWWDiseños.com
De: KeelyR@WWWDiseños.com
Asunto: La falacia del hombre perfecto

Lucy:
En mi opinión, eso no existe.
Buen trabajo. Quizá sería más apropiado aplicar las preguntas a Aidan, ¿no? ¿No es él tu hombre perfecto?

Keely

Aunque su álbum le encantaba, y llevaba trabajando en él toda la vida, de repente deseó cambiar *La colección de Keely* por algo más práctico. Quizá algo como *Los hombres de verdad no son perfectos* o *Evalúa todas las relaciones que has tenido y entérate de por qué han fracasado.*

Había hecho esa lista cuando Ray la dejó, pero se le olvidó cuando conoció a Jon cuatro años después. Quizá si se hubiera acordado no habría tenido que sufrir lo que sufrió. Además, entonces descubrió que si un hombre que decía amarla salía corriendo al saber que no podía tener hijos, cualquier otro hombre podría hacer lo mismo. Ahora, el hombre de ficción que describía en su lista había aparecido en carne y hueso. Desde el pelo oscuro a los ojos azules, desde su amor por los donuts a su sentido del humor, Lachlan Brant parecía perfecto en todos los sentidos.

¿Y qué iba a hacer al respecto?

—No tengo ni idea —murmuró.

La respuesta de Lucy llegó unos segundos después:

A: KeelyR@WWWDiseños.com
De: Lucy-AP@WWWDiseños.com
Asunto: ¿Todos los buenos están enganchados?

Keely:

Aidan es contable, de modo que no puede ser el hombre perfecto.

Lucy

Sacudiendo la cabeza, Keely se preguntó cuándo iba a despertar su ayudante, cuándo iba a quitarse las gafas de color rosa, literalmente porque Lucy llevaba unas gafas de ese color, para ver lo que tenía delante de los ojos.

Aidan parecía ideal para ella. Era contable sí, pero un chico que tenía un descapotable con asientos de cuero de color crema no podía ser una persona aburrida.

Tenía un buen trabajo, era guapo, amable y parecía genuinamente interesado en Lucy. ¿Qué más podía pedir esa loca?

Prometiéndose a sí misma que aquél sería el último e-mail que enviara antes de ponerse a trabajar, respondió:

A: Lucy-AP@ WWWDiseños.com
De: KeelyR@ WWWDiseños.com
Asunto: ¡No quiero ni pensarlo!

Lucy:

Tu hombre perfecto tiene que pasar por aquí hoy, si no me equivoco.

¿Por qué no te decides de una vez?

Keely

P.D. Ponte a trabajar

Y ella también, pensó, abriendo la página de Lachlan Brant. Aunque la parte lógica de su cerebro le decía que pasar el fin de semana con él en la playa era parte del trabajo, tenía

la sospecha de que el lado romántico pensaba otra cosa muy diferente.

Keely llevaba una hora mirando a Lachlan cabalgar sobre olas gigantescas, subido en aquella tabla diminuta. Y tenía el corazón encogido.

Pero eso no era nada comparado con cómo empezó a latir cuando salió del agua y se dirigió hacia ella.

El traje de neopreno se pegaba a su cuerpo como una segunda piel, delineando cada músculo. Estaba sacudiendo la cabeza para quitarse el agua del pelo y la miraba con sus ojos tan azules como el cielo mientras se acercaba a ella, sujetando la tabla de surf como si no pesara nada.

— ¿Qué te parece?

—Creo que estás loco por hacer equilibrios sobre esa cosa tan pequeña, invitando a los tiburones a pegarte un bocado en un pie.

— ¿Quieres probar tú? —rió él.

— ¿El equilibrio o lo del bocado? —preguntó Keely, sin pensar. Tenía que haberlo dicho sin pensar. Pero ¿por qué hablaba sin pensar?

—No sabía que los pies fueran uno de tus fetiches. Menos mal que soy psicólogo.

Ella levantó los ojos al cielo, pero lo estaba pasando bien. El viaje desde Melbourne hasta Bell's Beach había durado una hora y sus nervios desaparecieron en cuanto él empezó a hablar de esto y aquello.

—Será que estoy loca.

Lachlan se puso en cuclillas sobre la arena para mirarla a los ojos.

— ¿Quieres una consulta privada?

Keely supo entonces, sin la menor sombra de duda, que no le estaba ofreciendo una consulta profesional.

—Me parece que soy demasiado complicada.

—A lo mejor me gustan los retos.

— ¿Eso es lo que soy para ti?

Él negó con la cabeza.

—Eres una mujer interesante, Keely Rhodes, y me gustaría conocerte mucho mejor —murmuró Lachlan, levantando su barbilla con un dedo.

—Estamos aquí para trabajar, no para pasarlo bien —dijo ella, deseando distraerse de esa mirada azul—. ¿No era eso lo que tenías en mente cuando hablamos de pasar algunos tiempos juntos?

Keely esperaba que él apartase la mirada con expresión culpable. Pero no lo hizo.

— ¿No podemos hacer las dos cosas?

—Sí, claro.

—Aunque, la verdad, admito que yo quería algo más —sonrió Lachlan, apretando su mano.

—No pienso acostarme contigo —le espetó Keely, aunque lo había dicho más para convencerse a sí misma que para convencerlo a él.

—Oye... ¿qué te pasa? Ah, ya, claro, algún hombre te ha hecho daño, seguro.

Keely se puso colorada. No era momento de contarle su desastrosa historia, ni de hablarle de sus problemas de autoestima. Si empezaba, seguramente él querría cobrarle por horas.

Además, después de las interminables sesiones que tuvo que soportar cuando era una adolescente, los psicólogos no eran precisamente sus personas favoritas.

—Prefiero no hablar de ello.

Lachlan asintió.

—Muy bien, entonces yo hablaré y tú me escucharás.

— ¿Cómo?

—Mira, yo no soy uno de esos tipos a los que les gusta la noche y estar cada semana con una mujer distinta, en realidad soy un chico de campo. Me encantan el aire fresco, el mar, el bosque. No miento y valoro la honestidad por encima de todo. Y cuando me gusta algo, lo digo claramente.

En lugar de tranquilizarla, esas palabras la agitaron aún más. ¿Honestidad? Genial. ¿Y qué diría cuando descubriera su

pequeño secreto?

¿Cuál de ellos?, se preguntó entonces. ¿Que lo hubiera puesto verde por teléfono o el que intentaba esconder cada vez que le gustaba un hombre?

—Y tú me gustas.

Keely tragó saliva. Ningún hombre había sido tan sincero con ella. Y eso la asustaba. Mucho.

—Me halagas, pero ahora mismo debo concentrarme en mi trabajo. No tengo tiempo para nada más. Yo estoy pensando en el trabajo y tú...

— ¿En el placer? —la interrumpió él—. Deja de analizarte tanto, Keely —añadió, besando su mano.

Ella la apartó, nerviosa.

—Mira quién lo dice, el rey del análisis.

Lachlan se encogió de hombros.

—El trabajo es el trabajo. Tú y yo... es otra cosa completamente diferente.

—Mira, no sé qué quieres de mí...

—Quiero una página web —sonrió Lachlan.

— ¿Y qué más?

No tenía tiempo para jueguecitos. Si quería algo más que una fabulosa página web, quería saberlo. Y si era así, saldría corriendo a toda velocidad.

—Quiero conocerte mejor. Nada más ni nada menos. ¿Crees que es posible?

—Mientras no perdamos de vista la razón por la que estoy aquí... Y esa razón es el trabajo.

A pesar de su falsa seguridad, estaba muerta de miedo. No dejaba de pensar: «Ésta es mi oportunidad para el ascenso, es la mejor oportunidad que he tenido nunca».

Pero ¿qué pasaría si dejaba de escuchar esa vocecita y seguía los dictados de su corazón?

CAPÍTULO 6

Un hombre sensible y considerado es: a) un mito, b) una contradicción, c) un imbécil.

Lucy, buscando al hombre perfecto en el sitio menos adecuado

Lachlan le dio la vuelta a los filetes en la barbacoa mientras observaba a Keely haciendo una ensalada. Aun con el ceño arrugado mientras intentaba encontrar la mezcla perfecta de aceite de oliva, limón y vinagre balsámico, estaba preciosa.

Le había costado trabajo concentrarse en las olas mientras hacía surf porque sabía que ella le estaba mirando. Incluso estuvo a punto de caerse de la tabla un par de veces.

Pero lo que más nervioso lo puso fue ver cómo lo miraba cuando salió del agua.

Lo miraba como una mujer hambrienta, con ganas de comerse los entremeses, el primer plato, el segundo plato y el postre. Y se sentía halagado. Demonios, había estado a punto de quitarse el traje de neopreno y hacerle el amor allí mismo, en la playa.

Pero Keely tenía secretos y no sólo el de que era ella quien había llamado a la emisora para insultarlo. Veía en Keely una enorme vulnerabilidad, incluso miedo...

Quería conocerla mejor, pero sabía que debía ir despacio, que antes debía ganarse su confianza.

—Por tu expresión, te tomas lo de la barbacoa muy en serio.

Lachlan levantó la mirada.

—Así es. No quiero que te quejes porque la carne está demasiado cruda.

Keely miró su trasero, levantando una ceja.

—No tengo nada en contra de la carne cruda.

Lachlan soltó una carcajada.

—Espero que no quieras hincarle el diente ahora mismo.

—Ni se me ocurriría, soy muy selectiva con la carne. Tardo

mucho y sopeso mi decisión antes de decidirme por la mejor pieza.

—Me alegra saberlo. Y ahora, si no te importa, esta carne ya está hecha —sonrió Lachlan, señalando una bandeja en la que había además dos brochetas de gambas y dos mazorcas de maíz.

—Estoy muerta de hambre -sonrió Keely.

—Estupendo. Soy famoso por mi habilidad en la cocina.

— ¿Hay algo en lo que no seas bueno? —preguntó ella—. Porque tengo la impresión de que eres demasiado bueno para ser real.

El se detuvo, bandeja en mano, sorprendido. ¿Por qué decía eso? En el pasado lo habían acusado de ser «demasiado encantador». Por lo visto, los buenos chicos no estaban bien vistos. Las mujeres con las que había salido le habían reiterado ese hecho en varias ocasiones.

—Dame un par de horas. Seguro que se me ocurrirá algo.

—Mis amigas te llaman Don Perfecto.

— ¿Has hablado de mí con tus amigas?

Eso estaba bien. Muy bien. Eso significaba que estaba interesada. Aunque lo de ser Don Perfecto... no sabía si podría estar a la altura.

—Puede que te haya mencionado en alguna ocasión... ya que eres un cliente —contestó ella—. Aunque yo que tú no me lo tomaría muy en serio.

—Y yo pensando que te estabas rindiendo a mis encantos...

Keely cortó un trozo de filete antes de contestar:

—Siento decepcionarte. A lo mejor necesitas mejorar la técnica.

—Pienso hacerlo, no creas. ¿Cómo lo estoy haciendo por hora?

—Hay que trabajar más, pero tienes potencial —bromeó ella.

—Gracias. Eso me anima mucho.

Lachlan la miraba por encima del borde del vaso, observando su reacción. Le había dejado bien claras sus intenciones y si le decía que no se llevaría una desilusión.

—Buena suerte, doctor Brant. Conmigo, la vas a necesitar.

—Eso suena a reto.

Keely soltó una risita que le resultó encantadora. Llevaba mucho tiempo sin estar con una mujer que le gustara tanto. Y ella le gustaba mucho.

—Dime una cosa: ¿por qué a todos los hombres les brillan los ojos al pensar en un reto?

—Porque despierta nuestro lado competitivo.

— ¡Hombres! —exclamó Keely.

—Hablando del cromosoma Y, ¿cuándo voy a verte en biquini? Después de todo, estamos en una de las mejores playas del mundo y los miembros del sexo débil, como yo, siempre estaban deseando ver qué es lo que se lleva en el mundo de la ropa de baño.

Y entonces, de repente, Keely dejó de sonreír.

—Ni lo sueñes -murmuró.

Muy bien, no le gustaban los biquinis, pensó Lachlan.

—Con un cuerpo como el tuyo, es una pena no enseñarlo.

Si ella había dejado de sonreír un segundo antes, ahora se había puesto completamente seria.

—Siento desilusionarte, pero ¿te acuerdas de esos bañadores de cuello alto y pata larga? Pues son pequeños comparados con el mío.

Lo había dicho sonriendo, pero eso no lo engañó. ¿Por qué parecía tan incómoda? Aquella Keely Jekyll y Hyde lo dejaba frustrado y más que sorprendido.

—Yo siempre he pensado que más es menos, así que estoy deseando verlo. Y ahora, vamos a comer.

Pero cuando le pasó la ensalada, Lachlan tuvo la impresión de que comer era lo último que le apetecía en aquel momento y se preguntó, no por primera vez, qué oscuros secretos escondía Keely Rhodes.

Keely pasó un dedo por el lomo de los libros de la estantería, leyendo distraídamente los títulos. Si antes había

estado nerviosa, no era nada comparado con lo que sentía en aquel momento. La cena había estado bien, Lachlan haciendo bromas y hablando de mil cosas para distraerla...

Pero cuando empezó a hacerse de noche llegaron los nervios. Aunque él había dejado su bolsa de viaje en la habitación de invitados cuando llegaron a la casa, Keely sabía que eso no significaba que fuera a dormir allí.

No se había sentido tan atraída por un hombre en toda su vida. Y él no ayudó nada pidiéndole que sujetara una toalla para quitarse el traje de neopreno en plena playa... según él, para evitar miradas indiscretas.

Pero era *ella* quien estaba mirando. Aunque hizo lo que pudo para apartar los ojos, sólo era humana y no pudo evitar echar un vistazo...

Y había merecido la pena, desde luego.

Su piel bronceada, los músculos, que parecían más los de un deportista profesional que los de un psicólogo que hacía surf los fines de semana. Y aquel trasero...

No sabía cómo había sido capaz de sujetar la toalla después de ver los talentos ocultos del doctor Brant.

— ¿Ves algo que te interese?

Keely se sobresaltó de tal manera que se le cayeron varios libros al suelo. Lachlan soltó una carcajada.

—Te ofrecería mi ayuda, pero una contusión cerebral a la semana es lo máximo que puedo soportar.

—Muy gracioso —murmuró ella, inclinándose para recoger los libros del suelo—. Por cierto, gracias por la cena. Estaba riquísima.

—Pues ya verás lo que tengo preparado de postre.

Keely estuvo a punto de tirar los libros otra vez. Con esas palabras, había conjurado una imagen de fresas con nata, que compartirían... de una forma muy atrevida.

—La verdad es que no me gustan mucho los dulces.

—Pues no creo que sea por un problema de peso.

Y, entonces, de repente, el ambiente se volvió tenso.

Afortunadamente, Lachlan no podía ver su cara. Pero Keely tragó saliva, regañándose a sí misma por haber pensado

que podía ser diferente de los demás hombres.

Todos los hombres a los que había conocido estaban obsesionados con el aspecto físico de una mujer, a menudo bromeando sobre «las gordas» o riéndose de los anuncios de las clínicas de adelgazamiento.

Lachlan había hecho varios comentarios sobre el tema y, aunque para él no tendrían ninguna importancia, ella sabía lo que eran: una señal de que era como los demás.

—Tú no tienes que preocuparte por eso. Tienes un cuerpazo. Además, este postre te va a encantar.

¿Y si no tuviera un cuerpazo? ¿La habría mirado dos veces? Lo dudaba. Ningún hombre la había mirado hasta que adelgazó... y estuvo a punto de morir en el proceso.

«Cálmate», pensó Keely entonces. «Cálmate antes de que pierdas la oportunidad de conseguir ese ascenso».

— ¿Qué es?

—Cierra los ojos y deja que yo te guíe.

—Espero que sea bueno —murmuró ella, dejando que la tomara del brazo.

—Es mejor que bueno. Venga, cierra los ojos... Así, déjate llevar... unos pasitos más... Ya está, abre los ojos.

Estaban en la cocina y, sobre la mesa, Keely vio una bandeja llena de donuts de todo tipo: recubiertos de canela, de chocolate, rellenos de nata...

— ¿Cómo has sabido...?

—Vi cómo mirabas el donut el otro día, en tu despacho. Si no hubiera estado a punto de comérmelo, me lo habrías arrebatado de las manos.

—Muy observador.

«Si tú supieras...». No sólo estaba mirando el donut, sino sus labios, cubiertos de azúcar asombrada de cómo le gustaría chuparlos.

—He oído que el modo de llegar al corazón de una mujer es a través de su estómago —bromeó Lachlan—. Así que, te guste el dulce o no, pruébalos.

Aunque había pasado mucho tiempo desde sus problemas de peso, el miedo que pasó después del colapso y la

consiguiente noticia de que nunca podría tener hijos eran un recordatorio constante de que debía alimentar su cuerpo, no abusar de él.

Ahora comía de forma sana, hacía ejercicio regularmente y aceptaba su cuerpo, tres cosas que debería haber hecho cuando era una adolescente.

—Si lo que intentas es sobornarme, lo estás haciendo muy bien.

— ¿Por qué siempre crees que hay un motivo oculto?

—Porque los hombres suelen tenerlos —contestó ella.

—Yo no soy como los demás hombres.

No, eso era verdad.

—Las apariencias engañan.

Si alguien lo sabía, era ella.

—Conmigo, lo que ves es lo que hay.

Keely lo miró. Parecía relajado, a gusto consigo mismo. Apoyado en la encimera, estaba guapísimo con los vaqueros y un polo negro que moldeaba su torso como si se lo hubieran hecho a medida.

Si lo que veía era lo que había, era una chica muy afortunada.

— ¿Y qué es lo que hay?

Aunque no estaba de humor para juegos de palabras, tenía la impresión de que lo mejor era lanzarse de cabeza, ser sincera antes de hacer una locura, como tirarlo al suelo en un frenesí de pasión, por ejemplo.

O algo peor, como por ejemplo meterse en su cama en medio de la noche fingiendo que era sonámbula.

—Aparentemente, soy Don Perfecto, ¿no? -sonrió Lachlan.

—Lo he dicho en un momento de debilidad, no me lo tomes en cuenta.

Él se encogió de hombros.

—No lo haré. Estar a la altura de un título como ése puede ser un infierno.

«No, el infierno sería arriesgarse con un hombre como tú».

Intentando dominar los latidos de su corazón, Keely se colocó frente a él, sin saber si echarse en sus brazos o

marcharse de allí.

—Aunque estoy disfrutando mucho de la conversación, estoy agotada. Me voy a la cama.

No movió un músculo mientras Lachlan se inclinaba hacia ella. Aunque no lo había dicho como una invitación, se dio cuenta de que había sonado como si lo fuera y empezó a temblar…

—Que duermas bien —murmuró él, besándola suavemente en los labios. Un beso que la dejó sin aliento. Y deseando más. Pero antes de que pudiera parpadear, Lachlan acarició su pelo y luego se alejó.

CAPÍTULO 7

La mayoría de los hombres son como la máscara de pestañas: desaparecen al primer signo de emoción.

Tahlia Moran, mejor amiga y cínica profesional

— ¿Qué tal el fin de semana?

Keely se dejo caer sobre el sofá, apretando uno de los cojines contra su pecho.

—Bien.

Tahlia levantó una ceja.

—Y yo pensando que los libra eran personas equilibradas y elocuentes.

— ¿Qué puedo decir? Lachlan es perfecto. Mala suerte.

— ¿Dentro y fuera del dormitorio? -preguntó su amiga.

—Sólo puedo hablar de lo último.

— ¿Quieres decir que no pasó nada?

—Nada.

—A ver si lo entiendo: ¿el tipo te invita a su casa de la playa, prácticamente se desnuda delante de ti, te hace la cena y luego... nada?

Keely tomó un sorbo de vino antes de contestar:

—Tenía que quitarse el traje de neopreno, hicimos la cena a medias y...

— ¿Nada?

Keely asintió.

—Nada.

—No lo entiendo —suspiró Tahlia, apartándose el flequillo —. El tipo es guapísimo, está loco por ti, a ti te gusta, los dos sois adultos... ¡suma dos y dos, chica!

—Según mis cálculos, me ha salido un cero.

Keely había revivido esa escena varias veces. La habían molestado sus comentarios sobre el biquini, pero cada vez que le decía un cumplido era como arcilla en sus manos...

Cuando se acercó a él para decirle que se iba a la cama, casi lo hizo como un reto, pero su reacción había sido

inesperada.

Un casto beso de buenas noches no le había satisfecho en absoluto. ¿Y qué había hecho ella?

Nada.

El comportamiento de Lachlan la dejaba atónita. A pesar de haberle dicho que le gustaba, no le había tocado un pelo. Los hombres con los que había salido en el pasado se habrían aprovechado de la situación, pero Lachlan Brant estaba a la altura de su reputación como Don Perfecto cada día más, algo que no la animaba en absoluto.

— ¿Seguro que no es gay?

— ¿Tú qué crees?

—No —sonrió Tahlia—. Imposible. Bueno, ¿y ahora qué? —preguntó, tirando unos panchitos al aire y atrapándolos con la boca.

Keely soltó una carcajada.

—Me alegra saber que nuestra directora de ventas no ha perdido su toque especial. ¿Dónde aprendes esos trucos?

—Esto no te lo enseñan en un curso de etiqueta —rió su amiga.

— ¿En la universidad hay algún curso que se llame «Cómo entender a los hombres»?

Tahlia masticó los panchitos, pensativa.

—A lo mejor piensa que tú no estás interesada. Después de todo, le estás enviando mensajes contradictorios.

—Coquetear es una cosa, acostarse con alguien otra muy distinta. Además, pensé que tenía derecho a saberlo, para que no hubiera malentendidos.

—Pero yo pensé que querías algo más.

—Sí... no... ¡No lo sé! ¡Y deja de confundirme!

Tahlia soltó una risita.

— ¿Por qué no te atreves? No olvides lo que decía el horóscopo... no juegues con las estrellas, cariño.

—Y tú no me vuelvas loca.

—Oye, que eso ya lo hace el psicólogo.

Keely se levantó para mirar por la ventana. Le encantaba ver el mundo desde su apartamento en el sexto piso,

particularmente al atardecer, cuando el mar empezaba a parecer de color malva.

Tahlia tenía razón. Debería dejar de hacer el tonto y decidirse con Lachlan de una vez. ¿Qué podía perder? Ella no esperaba un final feliz ni nada remotamente parecido. Podían salir juntos, divertirse como haría cualquier chica de su edad…

¿Por qué tenía que analizar tanto las situaciones?

«Porque te gusta más de lo que quieres admitir».

—Gracias por el consejo, señora Francis, pero ahora vamos a ponernos a trabajar. ¿Cómo va la fiesta sorpresa para Emma?

Tahlia se encogió de hombros.

—Qué bien cambias de tema, amiga. En fin… como quieras. ¡He reservado una sala en Sammy's y ya tengo encargada la comida y las bebidas! ¿Qué tal va la lista de invitados?

—Hecha, aunque se llevará una desilusión cuando vea que Harry no está.

—Ya es hora de que se le pase. ¿Quién sigue colgada de su primer amor durante tanto tiempo? Los hombres son todos iguales, sólo tienen caras diferentes.

Keely soltó una carcajada. Aunque Tahlia tenía que apartar a los hombres con un látigo, parecía decidida a conquistar el mundo más que a conquistar el corazón de un hombre. Y aunque no les hacía ni caso, ellos seguían insistiendo.

—Yo creo que es muy romántico. Y, por las fotos que he visto de Harry, lo entiendo, además.

—Ya, bueno… ¿qué pasa con el regalo?

Keely tomó una revista de la mesa.

—Sé que esto es un poco raro, pero ¿qué te parece?

Tahlia estuvo a punto de caerse del sofá.

— ¿Una figurita de Barry Manilow? ¡Lo dirás de broma!

—Pero si le gusta Barry Manilow casi tanto como Harry —rió Keely, mirando la fotografía—. A mí me parece ideal.

—Tú estás loca. Además, yo tengo una idea mejor. ¿Qué tal un anillo para el dedo del pie?

— ¿Eh?

— ¿No te acuerdas? El que estuvo mirando en el escaparate de la joyería el otro día.

—¿El que tenía una estrella?

—Ése. Me parece que Doña Conservadora está pasando por un período de rebelión. No me la imagino con un anillo en un dedo del pie.

Keely chascó los dedos y estuvo a punto de ponerse a dar saltos.

—Qué buena idea. Necesita un cambio de imagen, así que podríamos contratar a un profesional. Ropa, maquillaje, pelo... ¡todo!

Los ojos de Tahlia brillaron.

— ¡Genial! Podemos...

El sonido del portero automático la interrumpió y Keely miró su reloj, preguntándose quién iría a verla tan tarde.

— ¿Quién es?

—Lachlan. Perdona que te moleste, pero... ¿tienes un minuto?

Keely se volvió para mirar a Tahlia, que se levantó del sofá y tomó su bolso en un tiempo récord.

—Me voy. Dile que suba —dijo en voz baja.

Keely miró su pantalón de chándal con un top a juego, todo de color rosa chicle, e hizo una mueca.

—No quiero que me vea con esta pinta. Parezco un caramelo.

—Con un poco de suerte, te comerá —rió Tahlia—. No hace falta que le abras, ya le abro yo cuando baje... Y mañana quiero detalles.

Keely levantó los ojos al cielo, pero cuando Tahlia desapareció se puso a recoger la habitación a toda velocidad. Ser ama de casa no era precisamente lo suyo y como había estado fuera el fin de semana no había tenido tiempo de limpiar nada.

Conteniendo el deseo de meterlo todo debajo del sofá, consiguió poner las revistas en dos montones y colocar como pudo las copas de vino y los panchitos antes de que Lachlan

llamase a la puerta.

—Hola. ¿Qué haces por aquí? —preguntó Keely, apartándose el pelo de la cara.

Él la miró de arriba abajo, con una sonrisa en los labios.

—Siento haber venido sin avisar, pero tengo que salir de viaje y quería despedirme.

A Keely se le encogió el corazón. Cuando había decidido arriesgarse, Lachlan se iba de viaje... Qué cruel era la vida.

— ¿Adónde vas?

—Vamos a hacer un trato. Si me invitas a pasar, te lo cuento.

—Ay, perdona. Pasa, pasa, lo siento, es que...

— ¿Estabas haciendo algo?

—No, estaba charlando con mi amiga Tahlia. Es que estamos organizando una fiesta.

— ¿Tahlia es la chica que me ha abierto el portal?

—Sí.

—Es guapísima.

—Sí —murmuró Keely, sin poder evitar los celos. Sí, Tahlia era guapísima, pero él no tenía por qué haberse fijado. Aunque, claro, era difícil no fijarse en una mujer tan guapa y tan alta que podría aparecer en la portada de una revista.

—Tahlia es directora de ventas en WWW Diseños. Llevamos años siendo amigas.

—Ah, pues entonces debe de ser una regla en tu empresa contratar sólo mujeres guapas.

Keely intentó detectar un tono sarcástico, pero no lo había. Lo decía en serio, la veía guapa. ¿Así, con aquel chándal y el pelo hecho un asco? Sí, estaba claro que el doctor Brant necesitaba que alguien le examinara la cabeza. O la vista.

— ¿Quieres una copa?

—Prefiero un café —contestó él, siguiéndola hasta la cocina—. ¿Para quién estáis planeando una fiesta?

—Haremos un intercambio. Yo te digo para quién y tú me dices adónde vas.

«Y por qué estás aquí».

—Muy bien. La cadena de televisión que patrocina mi

programa me envía a Sídney para que eche un vistazo a un programa similar que hacen allí.

—Ah, suena interesante -murmuró Keely, mientras ponía la cafetera.

— ¿Y la fiesta? ¿Es para algún novio del que no quieres hablarme?

—Es para Emma, otra amiga. Y en cuanto a que no quiera hablar de mis novios... es verdad. Yo soy muy reservada.

No sabía por qué había dicho eso, pero afortunadamente, Lachlan no preguntó.

—Me alegro. A mí también me gusta que las cosas queden entre dos personas.

¿Qué? ¿Qué había querido decir con eso?

— ¿Eso quiere decir que te gustaría ser mi novio? —se atrevió a preguntar Keely.

Lachlan la miró a los ojos como si quisiera leer sus más íntimos pensamientos. —Exactamente.

Ella se quedó clavada al suelo.

—Estás muy seguro de ti mismo, ¿no?

—Me gustan las cosas claras.

— ¿Ah, sí?

—Que tú y yo salgamos me parece lo más natural.

Keely no se resistió cuando él inclinó la cabeza despacio, despacio y, suspirando, cerró los ojos. Llevaba esperando aquello desde que lo conoció. El besito casto que le dio en la playa le había parecido muy dulce, pero no podía compararse con aquél.

En cuanto sus labios rozaron los suyos fue como si una cerilla hubiera tocado una hoguera y... ¡fiuuuu!

Los dos se incendiaron.

Keely se aplastó contra él, enredando los dedos en su pelo, mientras Lachlan la tocaba por todas partes. Sentía los duros músculos de su torso, el calor de su piel... Le gustaba tanto que no quería que terminase nunca.

Pero sintió un escalofrío cuando él metió la mano por debajo del top y empezó a acariciar sus pechos.

— ¿Qué te parece? —murmuró Lachlan, apartándose un

poco.

—No está mal -consiguió decir ella.

—Ah, me parece que voy a tener que emplearme a fondo.

— ¿Conmigo?

Había dicho esa palabra en voz muy baja, casi con miedo, y había jurado no volver a ser así en toda su vida.

Ya no tenía por qué ser así. La fragilidad, el miedo, necesitar la aceptación de otra persona sólo llevaba al dolor y a la desesperación.

—Si te presentas voluntaria para el trabajo, es todo tuyo —contestó él, jugando con su pelo.

«Di que no». Se le ocurrían mil razones para decir que no...

«Está jugando contigo».

«Te dejará en cuanto sepa la verdad».

«Es demasiado perfecto para ti y tú nunca podrías satisfacerle. Cuando vea cómo eres en realidad, te dejará antes de que puedas pronunciar la palabra michelines».

Sin hacer caso de sus miedos, Keely levantó la cabeza, lo miró a los ojos y consiguió asentir como respuesta.

Lachlan sonrió mientras salía del apartamento de Keely, tan nervioso como un adolescente. Tenía que llegar a casa lo antes posible y salir a dar un paseo en bicicleta para calmarse un poco porque aquella mujer lo volvía loco. O eso o darse una ducha fría.

Había esperado robarle un beso antes de marcharse, pero debía de ser su día de suerte porque había sido mucho más de lo que esperaba.

Había sentido atracción por muchas mujeres, pero el deseo que sentía por ella era algo completamente diferente. Y en cuanto la besó supo que no se quedaría satisfecho hasta que compartieran mucho más...

Pero en medio de sus fantasías, aparecía una pequeña duda. Keely le había mostrado una cara que no le gustaba, una cara que le recordaba demasiado a su madre.

Primero se mostraba encantadora y luego, de repente, se

encerraba en sí misma o le decía adiós, llevándose con ella una parte de su corazón.

Aunque quería explorar la atracción que sentía por ella, debía tener cuidado. No había sitio en su vida para una mujer superficial, por muy atractiva que fuera.

De hecho, si estuviera dando consejos a algún oyente, probablemente le advertiría que se alejara de una mujer que parecía dispuesta a devorarlo un minuto y, al minuto siguiente, se convertía en la princesa de hielo.

Además, sabía que esos cambios de humor acabarían poniéndolo de los nervios.

Pero en aquel caso no tenía intención de practicar lo que predicaba. No quería alejarse de Keely, quería acercarse más a ella. Cuanto más cerca, mejor.

Y si seguía cambiando de humor cada dos por tres, se alejaría de ella con el corazón intacto.

CAPÍTULO 8

Un buen hombre es como el buen café: rico, caliente y puede tenerte despierta toda la noche.

Chrystal Jones, una que sabe

—No te ofendas, pero esta idea para *Flirt* es espantosa.

Keely levantó una ceja, sorprendida.

—Pero ésa es la imagen que están buscando. Abierta, contemporánea... es una revista nueva y quieren algo completamente diferente.

Tahlia negó con la cabeza y, para su sorpresa, Emma asintió también.

—Lo siento, cariño, pero tiene razón. Esta idea no es vendible. Y eso es lo importante, hacer que *Flirt* parezca lo más atractiva posible.

Emma dejó el diseño sobre la mesa y tomó un donut.

—Y, si no quieres que rueden cabezas, será mejor que busquemos una idea antes de que la rottweiler vea esto.

Keely suspiró.

—No sé, a lo mejor estoy perdiendo mi toque mágico.

—A mí me parece que, más bien, estás perdiendo la cabeza por ya sabes quién —murmuró Tahlia.

—Cuando dijiste que nos encontrásemos en la cocina, pensé que era para tomar un café, no para tener una charla profunda sobre los hombres —protestó Keely.

Aunque tenía que concentrarse en el trabajo, porque estaba casi a punto de conseguir ese deseado ascenso, la tentación de hablar de Lachlan era demasiado fuerte. Pero sabía que si empezaba, seguramente no terminaría nunca.

— ¿Quieres hablar de ello? —preguntó Emma.

—Venga, yo quiero detalles —dijo Tahlia.

—No hay mucho que decir. Él es un hombre, yo soy una mujer... estamos saliendo.

— ¿Qué? —exclamó Emma, agarrándola del brazo—. ¿Desde cuándo? ¿Cómo ha ocurrido? ¿Hasta dónde habéis

llegado? ¿Qué...?

—A ver, a ver, tranquila —la interrumpió Tahlia—. ¿Os habéis acostado?

Keely rió, haciendo como que se cerraba una cremallera sobre la boca.

—Tus labios están sellados, ¿eh?

Ella asintió.

—Mira lo que has hecho —protestó Emma—. Si haces una pregunta tan directa como ésa, se cierra en banda. ¿Ahora qué hacemos, bruta?

Tahlia le guiñó un ojo.

—Podríamos ir directamente a la fuente.

— ¿Qué?

—Preguntarle a él. Seguro que a Lachlan le encantaría recibir una llamada en su programa preguntándole por su vida amorosa...

— ¡No se os ocurrirá!

Después de sus años de soledad durante la adolescencia, le había dado las gracias al cielo por encontrar a Tahlia y Emma. Valoraba su amistad por encima de todas las cosas y no le importaba en absoluto que le tomaran el pelo de vez en cuando. Además, confiaba en ellas por completo. Pero también sabía que, a veces, podían ser muy atrevidas.

—No estaría mal —sonrió Emma—. A menos que tú nos cuentes algo, claro.

—Muy bien —suspiró Keely—. Nos vamos este fin de semana a Hepburn Springs. Hasta entonces estará en Sídney, así que ésta será nuestra primera cita oficial.

Tahlia levantó los ojos al cielo.

—Sí, seguro. Como si lo de la semana pasada no hubiera sido una cita.

—Te gusta mucho Lachlan, ¿verdad? —preguntó Emma.

Keely asintió, aún sorprendida. Lachlan había entrado en su vida apenas una semana antes y... le había robado el corazón. Ella nunca bajaba la guardia tan rápido, pero con Don Perfecto bombardeándola con su presencia todos los días, ¿qué podía hacer?

Afortunadamente, aquella vez no tenía intención de dejarse llevar por el corazón. Sabía cómo era la cosa: sales con un chico guapísimo, lo pasas bien, nada serio. No había necesidad de hacer confesiones vergonzantes sobre su pasado, ningún escrúpulo para decirle adiós. Todo muy sencillo.

Emma se inclinó hacia delante, con expresión seria.

—Ya me lo imaginaba.

— ¿Por qué?

—Porque nunca te había visto así con ningún otro. Pero ten cuidado, ¿eh?

La preocupación de su amiga la sorprendió. Pensaba que Emma se pondría a dar saltos de alegría.

—Me gusta mucho, pero no pienso hacer ninguna tontería.

«Como enamorarme, por ejemplo».

No, aquella relación sería algo ligero, para pasarlo bien. Estaban saliendo, no a prueba para ver si se casaban, de modo que su secreto no tenía por qué aparecer para nada.

—Si quieres mi opinión, creo que ya era hora de que perdieras la cabeza por un hombre. Tanto realismo aburre.

Keely sonrió ante el comentario de Tahlia.

— ¿Ah, sí? Pues yo creo que deberíamos poner los pies en la tierra y seguir con lo de *Flirt*.

Al menos, durante las horas de oficina.

Tendría que concentrarse seriamente en el trabajo durante aquella semana y olvidarse de Lachlan. Que estuviera de viaje ayudaría mucho porque últimamente sólo podía pensar en él, en hasta dónde quería llevar esa relación y en las posibles repercusiones si ocurría lo impensable.

Salir con Lachlan estaría bien, enamorarse sería una catástrofe.

Además, ella se merecía un poco de felicidad y salir con él se la daría.

Sería un fin de semana divertido y hacía mucho tiempo que no lo pasaba bien con un hombre. Sí, su vida era interesante, pero mentiría si no admitiera que sentía cierta soledad, cierto vacío, un anhelo de algo más. Y en aquel momento, Lachlan Brant era ese «algo más».

—Chica, despierta, que estamos aquí —dijo Tahlia, chascando los dedos delante de su cara.

Keely sonrió, intentando olvidarse de Lachlan... tarea casi imposible.

—Tú no haces las cosas a medias, ¿eh? —Keely admiraba los muebles antiguos, los cojines mullidos y la chimenea que parecía estar pidiéndole a gritos que se tumbara frente a ella —. Este sitio es precioso.

Lachlan dejó las bolsas de viaje en el suelo y cerró la puerta.

—Tú sí que eres preciosa.

Aunque sabía que decir cumplidos era parte de su personalidad, que le salían de forma tan natural como respirar, una parte de ella no podía dejar de desear que lo dijera de corazón... antes de que la otra parte le dijera: «Despierta, chica».

Keely se miraba al espejo todos los días, segura de que sus ojos de color pardo, el pelo castaño y el cuerpo voluptuoso no eran nada especial. Y, desde luego, no se sentía preciosa.

Pero se quedó allí, transfigurada, mientras Lachlan se acercaba. Desde que fue a buscarla a su apartamento estaba de los nervios.

Había dicho que la echó de menos en Sídney, pero no tanto como ella, seguro. No había podido dejar de pensar en él un solo minuto...

¿Estaba loca? Apenas lo conocía.

«No te enamores, no te enamores», se repetía a sí misma, esperando convencerse. Pero no lograba hacerlo y corría serio peligro de enamorarse.

— ¿No tienes nada que decir? —preguntó él, levantando su barbilla con un dedo—. Sería la primera vez.

— ¿Estás diciendo que soy una bocazas?

—El tamaño de tu boca es perfecto —sonrió Lachlan—. Y tu cuerpo también.

Ya estaban otra vez. Otro comentario sobre su cuerpo. ¿En qué estaba pensando? ¿Por qué perdía la cabeza por un

hombre que, seguramente, sólo estaba interesado en una figura esbelta?

Pero en cuanto la tomó por la cintura tuvo la respuesta. No estaba pensando. Y eso podría ser fatal.

«Cállate y bésame», habría querido decirle. Cualquier cosa que la distrajera de sus dudas...

— ¿Por qué no me demuestras cuánto me has echado de menos?

— ¿Otra vez? No hay manera de complacer a algunas mujeres.

—Al contrario. A mí es muy fácil complacerme —bromeó Keely.

Lachlan acarició su espalda, sus manos dejando un rastro de fuego.

—Dime cómo.

—Bueno, ya que estamos cerca de un balneario... ¿por qué no empiezas por llenar la bañera de espuma, darme un masaje corporal y luego un masaje facial? Creo que el spa ofrece todo eso —murmuró ella, besando su cuello.

— ¿Quién necesita ir al spa? Yo puedo ofrecerte todo eso y más -contestó Lachlan, buscando sus labios.

El beso, lento y ardiente, la afectó más que ningún otro. Y se preguntó si eso significaba que estaba enamorándose de él, a pesar de sus promesas. ¿O sería puro y simple deseo?

—Deja de pensar y siente —murmuró él, acariciando su espalda.

—Sentir da un poco de miedo.

—No voy a defraudarte —dijo Lachlan entonces, tomando su cara entre las manos.

Y Keely casi lo creyó.

— ¿No podemos ir un poco más despacio? —en cuanto dijo esas palabras, hubiera querido retirarlas.

Siempre había ido despacio, toda su vida, apartándose de la gente, saboteando relaciones, sin querer entregarse a nadie de verdad. ¿Y adonde la había llevado eso?

A estar sola. Incapaz de dormir por la noche. Y esperando al hombre perfecto, como lo había esperado cuando era una

cría, para que la rescatara de todos los miedos, de todas las inseguridades que la perseguían desde que descubrió que nunca podría ser madre.

Ahora, el hombre de sus sueños había aparecido en su vida y seguía pidiéndole que fuera despacio, seguía echándose atrás. ¿Para qué? ¿No merecía la pena arriesgarse?, se preguntó.

Y en ese momento supo sin la menor sombra de duda que no iba a analizar lo que le pasaba, que no iba a echarse atrás. Haría lo que le pedía el cuerpo y a la porra con las consecuencias.

—Lo que tú quieras —dijo Lachlan, abrazándola con fuerza.

A pesar de sus miedos, confiaba en él. Parecía más intuitivo que la mayoría de los hombres, de modo que ¿por qué no arriesgarse?

—Las chicas tenían razón. Eres el hombre perfecto.

—En ese caso, será mejor que haga algo para demostrarlo —sonrió Lachlan—. ¿Qué tal si lleno la bañera y te doy ese masaje?

—Suena divino —sonrió Keely.

— ¿Por qué no vas a cambiarte? Te llamaré cuando el baño esté listo.

Keely tocó su mejilla, esperado que leyera la señal en sus ojos, la que decía: «Me gustas mucho». «Pero mucho».

—Gracias por invitarme a venir este fin de semana.

—Yo también estoy muy contento de estar aquí. Venga, a cambiarte.

Keely tomó la bolsa de viaje y fue a su habitación antes de desmayarse. O peor, antes de romper alguna de las antigüedades de su amigo, el que le había prestado la casa.

No era momento para torpezas. Había tomado una decisión: aquel fin de semana era su momento y pensaba disfrutar de cada segundo.

Lachlan miró alrededor por última vez, esperando que a

Keely le gustara. Siempre había pensado que las velas y las flores eran para las mesas, pero Will, su amigo, el dueño de la casa, que era un famoso donjuán, había insistido en que a las mujeres les gustaban esas cosas.

Y, aunque no era lo suyo, debía reconocer que el cuarto de baño estaba precioso. Él nunca había hecho algo así... pero nunca le había gustado tanto una mujer.

Antes, tuvo que hacer un esfuerzo para no tomar a Keely entre sus brazos y no dejarla ir. El brillo de sus ojos le decía que hiciera exactamente eso, aunque le había dicho que fueran despacio.

A pesar de todo, parecía nerviosa y lo último que quería era asustarla. Quizá la relación no llegaría a ninguna parte, quizá estarían meses saliendo, quizá años, con un poco de suerte...

El matrimonio no era para todo el mundo y conocía a mucha gente que seguía con la misma pareja sin haber pasado por la iglesia. De hecho, él había aconsejado a muchas más parejas casadas que parejas de hecho y, aunque no hubiera visto los destrozos que podía causar esa institución en sus propios padres, de todas formas habría tenido poco interés por el asunto.

Pero eso no significaba que no pudiera disfrutar de la compañía de una mujer en exclusiva y tenía intención de aprovechar su tiempo con Keely.

Si ella le dejaba, claro.

Había visto miedo en sus ojos muchas veces, como si quisiera confiar en él, pero no se atreviera. Y aunque todavía no lo habían hablado, tenía la impresión de que era algo más que una mala experiencia con un ex novio.

Muchas veces se encerraba en sí misma, como si necesitara esa privacidad, como si temiera algo.

Y tenía que descubrir la razón que había detrás de ese comportamiento antes de que se convirtiera en un problema.

Gracias a su madre, lo de «la honestidad es una regla de oro» era casi una obsesión para él y, aunque quizá era demasiado pronto para conocer todos sus secretos, tenía que

saber la causa de ese miedo, de esa fragilidad... o quién era el responsable de todo eso antes de seguir adelante.

En cuanto a su comportamiento cada vez que hacía una broma sobre el peso, las dietas o su aspecto físico, no había ocurrido en un par de días, afortunadamente. Pero las mujeres siempre eran muy quisquillosas con esos temas.

Un golpecito en la puerta hizo que mirase alrededor por última vez, para comprobar que todo estaba bien.

—Pensé que te habrías ahogado —sonrió Keely.

Lachlan intentó concentrarse en lo que estaba diciendo, pero no era fácil. Keely con aquel albornoz de color azul claro era una mezcla de seductora y dulce huerfanita...

Nunca había conocido a una mujer tan llena de contrastes. A veces parecía una típica chica de ciudad, de las que se lo saben todo, y otras una niña asustada.

Afortunadamente, el único problema que iban a tener era que él no pudiera controlar su libido. Se sentía como un adolescente cuando estaba con ella, algo que le resultaba absolutamente extraño. Normalmente, él sabía controlarse y se sentía orgulloso de ello.

Pero en aquel momento, con Keely delante de él, tan guapa, tan tierna, tan sensual, le costaba trabajo recordarlo.

Sin embargo, ella quería ir despacio e irían despacio, aunque se muriera de ganas.

—No, sólo comprobaba que todo está preparado. Entra.

Cuando pasó a su lado le llegó un olor a manzana. Usaba un champú frutal y cuando estaba en Sídney se encontró a sí mismo comiendo manzanas por kilos sólo porque le recordaban a ella. Patético.

—Qué bonito —murmuró Keely, perpleja.

A pesar de su renuencia a poner pétalos de flores y velas en el cuarto de baño, el brillo de sus ojos lo hizo sentirse como un ganador.

—Gracias.

—Es increíble, de verdad. Nadie había hecho algo así por mí... nunca. Gracias.

—Tómate tú tiempo. Relájate.

Keely lo miró, sin dejar de sonreír.

Que se hubiera esforzado tanto por ella la había dejado estupefacta: las velas, el baño de espuma, los pétalos de rosa flotando en el agua, la toalla colgada en el radiador, la música de jazz...

Se sentía como drogada, pero tenía que conservar la calma.

—Lachlan, yo...

—No digas nada —sonrió él, poniendo un dedo sobre sus labios—. Nos vemos cuando salgas.

Los ojos de Keely se llenaron de lágrimas cuando él cerró la puerta. No sabía si eran lágrimas de gratitud o... ¿se atrevía a admitirlo? Lágrimas a causa de una emoción mucho más profunda que había jurado evitar.

CAPÍTULO 9

No es el tamaño de la varita lo que importa, sino cómo la usa el mago.

Chrystal, experta en varitas mágicas

Keely intentaba calmarse mientras estaba en la bañera. Se imaginaba flotando en un mar azul, sentada al lado de una tintineante cascada y nadando con delfines. Pero sus técnicas de relajación ejercían el mismo efecto que cuando las probaba en casa para dormir: ninguno.

En lugar de eso, cada vez que cerraba los ojos veía a Lachlan, su sonrisa, las arruguitas que se le formaban alrededor de los ojos, cómo le brillaban cuando la besaba...

Imágenes que le recordaban cuánto lo deseaba.

«Y cómo deseaba olvidar sus reservas y amarlo de verdad».

Sí, por fin lo había admitido. A pesar de ser una persona realista, una persona con los pies bien puestos en el suelo, a pesar de todas sus protestas y a pesar de que enamorarse de un hombre como Lachlan sólo podría terminar mal, estaba a punto de perder la cabeza y el corazón.

Las mujeres hacían tonterías cuando se trataba del amor. Lo había visto muchas veces con sus amigas, sus compañeras de trabajo... por no hablar de ella misma.

Aunque lo que estaba a punto de hacer no podría ser llamado una tontería. De hecho, la tensión que había entre Lachlan y ella había empezado el primer día, en cuanto se vieron en la oficina.

Si creyera en la cosa cósmica, como Tahlia, casi podría decir que era el destino.

Respirando profundamente y abrochándose el cinturón del albornoz, Keely salió del cuarto de baño. Era el momento. No podía echarse atrás, no podía acobardarse. No podía tener miedo por lo que Lachlan pensaría de su cuerpo o por si lo excitaría o no...

Lo deseaba y estaba decidida a demostrárselo. Y si era la

mitad de hombre que ella pensaba, a pesar de algún comentario fuera de lugar, la aceptaría tal y como era.

— ¿Lachlan?

La casa estaba extrañamente silenciosa. Había anochecido mientras estaba relajándose en la bañera, pero él no había encendido las luces

—Estoy aquí —oyó su voz en una de las habitaciones.

— ¿Qué estás haciendo? -preguntó, mientras abría la puerta...

Y se encontraba de frente con una de sus fantasías.

—He pensado que te gustaría recibir un masaje -sonrió Lachlan, señalando una mesa cubierta de toallas.

Keely sacudió la cabeza, incrédula. Si el cuarto de baño le había parecido impresionante, aquello era... era increíble.

¿Todas esas molestias por ella?

La chimenea estaba encendida, olía a lavanda, había una botella de champán metida en hielo y una música suave que salía de alguna parte...

Podría pasarse meses en aquella habitación, mientras el hombre que estaba en el centro, con una sonrisa en los labios, fuera Lachlan Brant, claro.

—Si intentas seducirme, lo estás haciendo muy bien —le dijo, con una sonrisa en los labios.

—Esto no tiene nada que ver con un intento de seducción.

— ¿No?

—No. Quería hacer algo por ti... tener un detalle. Para hacerte sentir tan bien como tú me haces sentir a mí.

—Pero si yo no he hecho nada... —protestó Keely.

—No tienes que hacer nada. Me haces feliz sólo estando conmigo. Hace tiempo que no salgo con nadie y casi se me había olvidado lo bonito que es estar con la persona adecuada.

Ella lo miró, atónita. No sabía qué decir. Durante todos esos años, cuando su autoestima estaba por los suelos, ¿dónde estaba Lachlan?

Había sufrido mucho por sus problemas de peso, por los desórdenes alimenticios de todo tipo que habían destrozado sus posibilidades de ser madre y por los consiguientes

problemas en sus relaciones con los hombres.

Por no hablar de las horas de terapia que la habían hecho cuestionarse a sí misma, su propia valía, más que ayudarla.

Y ahora, de repente, con un simple gesto, con una simple frase, Lachlan la hacía sentirse como una reina.

Keely tuvo que parpadear para controlar las lágrimas.

— ¿Sabes lo que he dicho antes, lo de ir despacio?

—Sí —murmuró Lachlan, tomándola por Ia cintura.

—He cambiado de opinión.

Y decidió demostrárselo. De todas las formas posibles.

Keely flotaba en la oficina el lunes por la mañana. Había dormido lo mínimo durante el fin de semana, pero le daba igual. Nunca se había sentido tan viva, tan feliz, tan animada, como si pudiera enfrentarse con el mundo entero... y le quedaría energía suficiente para enfrentarse luego con todo el sistema solar.

Tenía una pila de trabajo sobre la mesa, pero mientras dejaba el bolso y encendía el ordenador, en lo único que podía pensar era en Lachlan.

Tendría que añadir un criterio más a su lista de requisitos para el hombre perfecto: un amante increíble.

Si sus besos le habían parecido sin igual, lo que había pasado en el dormitorio... y en el salón, y en la cocina, no tenía parangón.

Y si creía que el masaje era sólo una forma de relajación, también se había equivocado.

Keely miró sus correos a toda velocidad y abrió sólo el de Emma.

A: KeelyR@ WWWDiseños.com

De: EmmaR@ WWWDiseños.com

Asunto: Café en la cocina

Hola, cariño.

¿Tienes tiempo para tomar un café? Necesito detalles sobre la página de Flirt, *y un par de ellos sobre tu fin de semana.*

¿Nos vemos en diez minutos?

Emma

Keely sonrió. Sabía que su amiga estaría muriéndose por saber qué había pasado con Lachlan y contestó enseguida:

A: EmmaR@WWWDiseños.com
De: KeelyR@WWDiseños.com
Asunto: ¿Diez minutos?

Emma:
Me sorprende que puedas esperar diez minutos.
Las ideas para Flirt *van estupendamente. Prepara el café y un par de donuts. Nos vemos.*

Keely

Mientras buscaba el archivo de *Flirt* oyó dos campanitas. El primer e-mail era de Tahlia, reiterando lo del café y añadiendo que quería conocer «los detalles jugosos», el siguiente era de Lucy.

A: KeelyR@WWWDiseños.com
De: Lucy-PA@WWWDisenos.com
Asunto: ¡El hombre perfecto apesta!

Keely:
Te hice caso y le pregunté a Aidan si quería tomar un café conmigo.
Mientras tomábamos café estuve comprobando todas las preguntas del test y no cumple ni uno solo de los requisitos.
Lo del lobo con piel de cordero es poco. Más bien lobo hambriento que devora a su presa.
Salir con él fue un espanto. ¿Cuántos hombres hacen falta para meter un clavo?
Tres, uno para meterlo y dos para escuchar lo bien que lo ha

metido. Así es Aidan... ¡puaj!

Lucy

¿Aidan un lobo? Keely sacudió la cabeza, sorprendida. Podría haber jurado que Aidan era un buen chico. Aunque las apariencias engañan, claro.

Sintiéndose un poco responsable, decidió contestar:

A: Lucy-AP@ WWWDiseños.com
De: KeelyR@ WWWDiseños.com
Asunto: ¡Olvídate!

Lucy:

Siento que Aidan haya resultado ser un petardo. ¿La solución? Sal a la calle. Tu hombre perfecto podría estar a la vuelta de la esquina.

Este viernes después de trabajar tomamos una copa en Sammy's. Te espero.

Que empiece la búsqueda...

Keely

Esperando que Lucy no estuviera demasiado desolada por el fiasco con Aidan, Keely salió de su despacho, dispuesta a enfrentarse con el interrogatorio de sus amigas.

Varias horas después, Keely estaba sentada delante de su ordenador, mirando la carpeta de su nuevo cliente, una tienda de ropa para niños. Raquel parecía muy interesada en que la llevara ella personalmente, como si necesitara esa cuenta para sobrevivir. Lo cual era una bobada, considerando que WWW Diseños era una de las empresas más importantes de Melbourne.

En cualquier caso, ahora tendría que hacer malabarismos para terminar con todos los encargos que tenía y eso le hacía sospechar que algo no iba bien.

Raquel, la rottweiler, estaba peor que nunca insistiendo en que terminaran los trabajos, en que había que aumentar la eficiencia de los departamentos. Y aunque no dijo nada por lo del ascenso, Keely había estado a punto de decirle que se metiera la eficiencia donde le cupiera.

Afortunadamente, había conseguido aplacarla diciendo que la página de Lachlan Brant iba muy bien. Lo que no le había contado era que su relación había pasado de los negocios al placer en un solo fin de semana.

Keely abrió la página de la tienda de ropa para niños, en la que estaba haciendo el trabajo preliminar, y tuvo que tragar saliva, como le ocurría siempre. A la izquierda de la página había un dibujo de un niño regordete que la hizo sonreír. Con esas manitas y esa carita regordeta, era un recordatorio terrible de lo que ella nunca podría tener.

Suspirando, se secó una lágrima con la mano y se dio la vuelta cuando llamaron a la puerta.

Sería mala suerte que precisamente la rottweiler la pillara lloriqueando en ese momento.

—Entra.

— ¿Cómo está mi diseñadora favorita?

Era Lachlan, con una bolsa en la mano.

—Hola.

—Te traigo un regalo. He pensado que te haría falta algo para recuperar energía.

Keely abrió la bolsa y respiró el aroma de los donuts recién hechos.

—No necesito energía, tonto. De hecho, no había tenido tanta energía en años.

Lachlan rió, tomando uno de los donuts.

—Me alegro. Pero a mí me haría falta otro masajito.

—Para ti, cuando quieras. Pero ahora mismo no puedo, estoy trabajando.

Lachlan tomó su mano y la apretó contra su corazón.

—Pensé que mi página estaba casi terminada.

—Y así es.

— ¿Entonces?

—Tengo otros clientes.

—Ah, qué niño más mono —murmuró Lachlan, mirando la pantalla.

Keely se apartó de inmediato.

— ¿Te gustan los niños? —preguntó, sin mirarlo.

— ¿Cómo no van a gustarme? Son preciosos Yo ayudé a criar a mis hermanos. Fue muy duro, pero también una de las cosas más bonitas que me han pasado en la vida.

Sus palabras eran como un cuchillo en el corazón de Keely, abriendo heridas que ella creía cerradas. Tenía que preguntar, pero sabía que la respuesta sellaría el destino de su relación de una forma o de otra.

— ¿Quieres tener hijos?

—Por supuesto. Cuando encuentre a la mujer adecuada, tendré por lo menos media docena.

Y así, con esas palabras, la realidad apareció frente a sus ojos.

Sabía que salir con Lachlan sería un desastre si se lo tomaba muy en serio, sabía que no debería enamorarse de él, pero lo había hecho. A pesar de todo, estaba enamorada y decir que «salían juntos» sólo era una forma de disfrazar sus verdaderos sentimientos.

Lo amaba y seguramente lo había amado desde el primer día. Pero Lachlan quería algo que ella no podía darle, que no podría darle nunca.

— ¿Por qué sólo media docena? —intentó bromear—. En fin, Lachlan, me encanta tenerte aquí, pero de verdad tengo que trabajar.

Él arrugó el ceño.

— ¿Pasa algo?

—No, no... Es que tengo que terminar esta página y Raquel está imposible.

— ¿Seguro que es por eso?

Tenía que mirarlo, aunque sólo fuera para convencerlo de que necesitaba estar sola... antes de echarse a llorar.

—Por supuesto.

Lachlan la miraba a los ojos, como si intentara leer en

ellos, como si quisiera descubrir todos sus secretos. Pero, por el momento, los tenía bien guardados.

—Muy bien, me voy. Llámame cuando tengas un minuto.

Keely asintió, esperando haberlo engañado. Pero, por la mirada preocupada que lanzó sobre ella antes de salir, no había conseguido hacerlo.

Lachlan se quitó los auriculares y se apoyó en el respaldo de la silla, disfrutando de los tres minutos que duraba la canción para descansar. Últimamente no tenía tiempo para nada. Entre el programa de radio, los ensayos para el programa de televisión, la publicidad...

Profesionalmente, tenía el mundo a sus pies. Entonces, ¿por qué le parecía como si estuviera caminando por la cuerda floja?

Keely.

Pensaba que estaba saliendo con la mujer de sus sueños. Entonces, ¿por qué la relación se había convertido en una pesadilla?

Desde aquel fin de semana en Hepburn Springs, que había sido increíble, ella estaba distante, rara. Decía que era por el trabajo, pero Lachlan sabía que no era verdad.

Los secretos de Keely eran cada vez más preocupantes. La había visto con la mirada perdida, como asustada... pero no había forma de saber por qué.

O eso o se enfadaba por cualquier comentario, por cualquier cosa. Y empezaba a estar harto. No había que ser un genio para adivinar que tenía ciertos problemas de autoestima y había tenido cuidado para no hacer ninguna referencia a su cuerpo. Había sido paciente con ella, pero Keely lo apartaba continuamente. Y eso era insoportable. Tanto que no podía pensar con claridad. Allí estaba, un famoso psicólogo como él, ofreciéndole ayuda a miles de personas a través de la radio, pero no podía hacer nada por la persona a la que más deseaba ayudar.

Lo había intentado repetidas veces durante las últimas diez semanas, persistiendo cuando podría haberse rendido. Keely le

gustaba mucho y le hacía más feliz que ninguna otra mujer.

Pero estaba empezando a perder la paciencia.

Seguir con una relación cuando la otra persona no parecía interesada no era lo suyo. Había visto lo que eso le hacía a un hombre y no se lo desearía ni a su peor enemigo.

Desgraciadamente, por mucho que intentase no comparar a Keely con su madre, cada día le resultaba más difícil no hacerlo.

El día anterior se había enfadado por una pregunta inocente sobre cómo iban las páginas para otros clientes, mencionando el trabajo tan simpático que estaba haciendo para esa tienda de ropa de niños...

Sólo intentaba mostrar interés por su trabajo, pero ella se mostró ofendida y cuando él le dijo que se calmara, Keely salió del café como una exhalación. Otro terrible parecido con su madre, que salía corriendo siempre que había problemas.

Si las cosas iban en serio entre ellos y tenían un problema, lo dejaría sin dudarlo dos veces, estaba seguro.

Como había hecho su madre.

Cuando Keely salió del café, Lachlan estuvo a punto de salir corriendo tras ella para decirle que todo había terminado, pero una llamada en su móvil lo detuvo.

—Lachlan, veinte segundos.

Lachlan se puso los auriculares de nuevo.

Tenía que concentrarse en el trabajo, pero el viernes por la noche, en la fiesta de su amiga, el único momento en el que podría verla porque no hacía más que inventar excusas para no quedar con él, Keely iba a tener que darle muchas respuestas.

Estaba harto de sus juegos y sus rarezas y más que dispuesto a mandarlo todo a la porra.

Keely se llevó una mano al abdomen y lanzó un gemido de dolor.

—Esta gastritis, intoxicación alimenticia o lo que sea está durando demasiado. Es la segunda vez en dos días.

Emma le dio su vaso de agua.

—Toma, bebe esto.

Keely tomó un sorbo de agua, pero no pudo terminar de hacerlo porque una náusea la obligó a levantarse a toda velocidad.

—Otra vez...

Salió corriendo al cuarto de baño, jurando no volver a probar el pato a la pequinesa en toda su vida.

Nunca se había sentido tan mal y eso, añadido al sueño y al cansancio, hacía que deseara quedarse en la cama durante semanas.

La cantidad de trabajo que tenía explicaba el cansancio, pero había comido el pato días antes y ya debería habérsele pasado.

Buscando fuerzas para su reunión con Emma y Tahlia sobre la presentación final de la página de *Flirt,* volvió a la sala de juntas y se dejó caer sobre una silla.

— ¿Te encuentras mejor?

—Sí, un poco.

—Terminaremos enseguida y luego podrás irte a casa —dijo Emma.

—No te preocupes, ya se me pasará.

Tahlia entró en la sala en ese momento, fabulosa con su nuevo traje de chaqueta.

—Yo que tú no me sentaría en esa silla.

— ¿Por qué? —preguntó Keely.

Si no hubiera estado ya de color verde se habría puesto verde de envidia. Tahlia llevaba un traje precioso, a juego con un pelo perfecto y un maquillaje de cine. Era lógico que la rottweiler no se atreviera nunca con ella; ese aspecto tan profesional estaba diseñado para asustar hasta al más duro de los jefes.

—Porque esa es la silla de las preñadas —contestó Tahlia, riendo.

— ¿Qué?

—Todas las que se sientan en esa silla se quedan embarazadas. Nadia fue la última, pero antes fueron Shelby,

Annie, de contabilidad, Maggie de animación y Sue, de marketing. Así que tiene que ser la silla. Y como ahora tú te dedicas a actividades que podrían convertir esa silla en un peligro, será mejor que tengas cuidado.

Keely consiguió sonreír… pero su mente empezó a dar vueltas. No, era absurdo.

—Déjala en paz, no se encuentra bien —la regañó Emma.

— ¿Lo ves? Ya está funcionando —rió Tahlia.

Sus amigas no conocían su pasado, no sabían que ella nunca podría quedar embarazada. Aunque lo entenderían, le había dado vergüenza contárselo. De modo que Tahlia no sabía que eso no le podía pasar.

Entonces, ¿por qué no dejaba de pensar que aquello no era una gastritis ni una intoxicación alimenticia?, se preguntó, inquieta.

No le había bajado el período, pero eso no era nada nuevo. Ella tenía muchos desarreglos, sobre todo los tuvo cuando era adolescente, y siempre le pasaba cuando estaba estresada. Pero ahora, combinado con los otros síntomas, una diminuta semilla de esperanza nació en su corazón…

¿Podrían haberse equivocado los médicos?

Sí, Lachlan usaba protección, pero ese método no era seguro al cien por cien. Nadia, por ejemplo, se había quedado embarazada así. Ella, que no quería tener hijos por el momento. Cuando se enteró de la noticia amenazó con volar la fábrica de condones de Melbourne.

A pesar de que su estómago seguía bailando *La Macarena*, Keely consiguió sonreír. Si existía una mínima posibilidad de estar embarazada ella no volaría la fábrica… no, todo lo contrario. Iría personalmente a besar a todos y cada uno de los empleados.

— ¿Por qué te ríes? —preguntó Tahlia.

—No, por nada.

— ¿El viernes nos vamos de copas? —preguntó Emma.

Keely miró a Tahlia, pero las dos apartaron la mirada enseguida para que su amiga no se diera cuenta.

—Claro.

— ¿Vas a hacerte el cambio de imagen el día antes de tu cumpleaños? —preguntó Keely, mirando al tendido.

—No menciones esa palabra. No quiero ni pensarlo —suspiró Emma.

— ¿Es por la edad? Cumples veinticuatro años, chica, no eres una anciana -dijo Tahlia.

Y aunque su amiga sonrió, Keely sabía que había algo más.

Emma seguía enamorada de Harry Buchanan y cada año que pasaba era un año más sin él. Eso era lo que la tenía tan deprimida.

—Me da igual lo que digas, vas a hacerte el cambio de imagen el jueves por la tarde quieras o no —dijo Tahlia entonces—. Déjamelo mí, yo me encargo de todo.

— ¿A ti qué te parece, Keely?

—Una idea estupenda. Un cambio es como unas vacaciones, dijo no sé qué sabio.

Y si era cierto, ella estaba a punto de dar la vuelta al mundo.

—Muy bien —asintió Emma, pasándose una mano por el pelo, como si intuyera que eso sería lo primero en desaparecer.

—Y ahora, ¿podemos ponernos a trabajar, señoritas?

Keely asintió, tocándose el abdomen por debajo de la mesa, rezando en silencio para que ocurriera un milagro.

CAPÍTULO 10

¿Qué es un soltero? Un hombre que ha perdido la oportunidad de hacerle la vida imposible a una mujer.

Raquel Wilson, evidentemente soltera y encantada de la vida

Keely miraba el test con el puntito rosa por enésima vez esa semana, su reacción la misma de siempre: alegría. Una alegría increíble que lo llenaba todo, su casa, su corazón, su alma...

—Estoy embarazada —murmuró, cuando lo que quería era salir corriendo al balcón y gritarlo a los cuatro vientos.

El ginecólogo se lo había confirmado el día anterior y estaba flotando desde entonces. No se había molestado en preguntar cómo o por qué o cómo era posible. Sencillamente, lo aceptaba como un milagro, como un regalo del cielo. Y aquella noche compartiría la maravillosa noticia con Lachlan. Sí, seguramente él no tenía intenciones de formar una familia tan pronto, pero estaba segura de que no se lo tomaría mal.

Después de todo, ¿no había dicho que le gustaría tener por lo menos media docena de niños? El único problema eran sus palabras: «Cuando conozca a la mujer adecuada».

Cuando dijo eso, Keely esperó que la mirase a los ojos, que le sonriera de una forma especial... pero no lo hizo. No, sólo anunció que le gustaría tener media docena de hijos cuando conociese a la mujer adecuada. Evidentemente, esa mujer no era ella.

Lo había sabido desde el principio, por supuesto. Sabía que no era mujer para un hombre como él. Y ahora, cuando había recibido la mejor noticia de su vida, no sabía si él se sentiría feliz o no.

Últimamente no se llevaban bien. Ella, desde luego, había hecho todo lo posible por alejarlo. ¿Para qué proseguir la relación si no podía darle una familia? Cuanto más insistía él en que se vieran, más excusas inventaba Keely.

No la había llamado en un par de días, su silencio una

clara indicación de que su estratagema había funcionado. Sabía que todo terminaría pronto. Lo había tratado mal a propósito, para que le dijera adiós.

Y ahora...

Ahora podía dejar de portarse como una cría irracional y decirle la verdad. Y esperar que Lachlan no hubiese tirado la toalla, claro.

Las cosas iban a cambiar a partir de esa misma noche. Y aunque no esperaba que le declarase amor eterno, sí esperaba que se alegrase con la noticia.

Guardando la prueba de embarazo en el botiquín del cuarto de baño, Keely cerró los ojos y rezó en silencio para que Lachlan quisiera a aquel niño tanto como ella, como un testamento de su amor y el principio de un futuro para los dos.

Keely levantó el brazo al ver que Emma y Tahlia entraban en Sammy's, antes de mirar por encima de su hombro para comprobar que todo el mundo estaba escondido.

—Ya vienen —dijo en voz baja.

— ¿Por qué nos sentamos en esta mesa? —preguntó Emma, sorprendida—. Normalmente, nos sentamos en...

— ¡Sorpresaaaaaa!

— ¿Qué?

Emma miraba de un lado a otro, sorprendida al ver a todos sus compañeros de trabajo, que la besaban y la abrazaban.

— ¿Qué es esto?

— ¡Es una fiesta sorpresa, tonta! —exclamó Tahlia.

—Esta noche es tu noche. Y estás preciosa, por cierto —sonrió Keely.

Emma se llevó una mano al pelo.

—Me gusta esta melenita. Aunque me siento calva.

—No es sólo el pelo, es... todo. La ropa, el maquillaje. Cuidado chica, cualquier día de estos te irás de casa.

—A ver si es verdad. Tengo veinticuatro años, ya es hora de que viva sola, ¿no?

Keely asintió, sabiendo que su amiga no era la única que tenía que crecer. Ella iba a ser madre, una manera muy rápida

de hacerse mayor, pensó, irónica.

—Tu hombre acaba de llegar —dijo Tahlia, señalando la barra.

Keely se volvió, conteniendo el deseo de salir corriendo y echarse en sus brazos.

Pero no habría podido hacerlo porque Lachlan tenía los brazos ocupados. Con Chrystal.

—Oh-oh, problemas en el paraíso —murmuró su amiga.

Keely le dio el cóctel de frutas que estaba bebiendo.

—Sujeta esto.

—Antes de que se lo tire a la cara —murmuró Emma.

Lachlan tuvo el valor de sonreír cuando ella se acercó.

—Hola, ¿qué tal?

—Hola, Keely. El doctor Brant me estaba mirando el ojo porque se me había metido algo -sonrió la recepcionista, tan tranquila.

Apretando los dientes e intentando contener el deseo de «meterle» el puño en el ojo, Keely sonrió.

—Se te pasará, tranquila.

«Después de todo, llevas suficiente rímel como para que no te moleste ni una tormenta de arena».

— ¿Quieres que le eche un vistazo?

—No, no, gracias. Nos vemos luego, Lochie —se despidió Chrystal, con una sonrisa de triunfo en los labios.

— ¿Lochie? —repitió Keely-. Qué mona. ¿Tenéis diminutivos y todo?

Él levantó una ceja.

—Chrystal es inofensiva.

—Sí, como una serpiente. ¿Y tú cómo la llamas, Lochie?

En lugar de reírse de sus celos, Lachlan se cruzó de brazos, muy serio.

—No hagas eso.

— ¿Perdón?

Aunque no se habían visto desde la discusión en el café, Keely había pensado que ya no estaría enfadado. Pero, evidentemente, se equivocaba.

— ¿Qué quieres decir con eso?

—Para estar celosa yo tendría que importarte y no es así.

— ¿Cómo?

—Tenemos que hablar.

Muy bien, ella sabía lo que significaban esas palabras. Lo sabía perfectamente. Lachlan hablaría, ella escucharía, Lachlan se marcharía y ella se pondría a llorar. Nada nuevo, sólo nuevas caras.

Desgraciadamente, los secundarios cambiaban, pero ella siempre era la estrella del drama.

— ¿Sobre qué?

—Estoy cansado de jugar, Keely. Llevas semanas pasando de mí, te enfadas por todo, me escondes tus secretos...

Ella apretó los labios. No, no era el mejor momento para decirle que estaba embarazada. Parecía a punto de decirle adiós, como había sospechado.

—Si esto es por la discusión en el café, yo...

—Eso es sólo una parte —la interrumpió Lachlan—. Un día estás encima de mí y otro día no quieres que te toque. Te enfadas por cualquier comentario... Pensé que viniendo aquí hoy podríamos ver si existe alguna oportunidad para nosotros, pero está claro que no es así.

— ¿Y cuándo has descubierto eso? ¿Antes o después de que Chrystal te pusiera los pechos en la cara? Nada como un cuerpazo, claro. Una pena que el mío no sea así. Ya me gustaría.

Lachlan la miró como si le hubieran salido un par de cuernos.

—Mira, tengo un amigo que podría ayudarte.

— ¿Cómo?

—Para hablar de tus problemas.

Genial. En lugar de ofrecerle su amor, pensaba que necesitaba un psicólogo. Y ni siquiera se presentaba voluntario para el trabajo.

—No, gracias.

Estupendo. La noche más feliz de su vida acababa de convertirse oficialmente en un desastre.

—Mira, yo creo que...

—Que no estás interesado, me parece muy bien. Si lo estuvieras, aceptarías que tengo mucho trabajo, que estoy estresada, que estoy nerviosa. Entenderías que tuviera celos al ver a la fresca de la oficina colgando de tu brazo.

—Quizá eso es lo más sincero que me has dicho nunca. ¿Y el resto?

— ¿El resto?

—Tienes secretos, Keely, empezando por esa llamada que hiciste a mi programa antes de conocernos.

—Lo sabías...

—Sí, lo sabía. Reconocí tu voz en cuanto la oí en la oficina. Al principio me hizo gracia, pero ya no. Cuanto más me acerco a ti, más te alejas. He visto sombras en tus ojos cada vez que te apartas de mí... y no lo entiendo. ¿Qué me escondes, Keely? ¿Y por qué no podías decirme algo tan tonto como lo de la llamada?

Keely estuvo a punto de abrazarse a él, pero lo pensó mejor. No parecía muy receptivo en aquel momento. Pero si no le decía la verdad podría perderlo para siempre...

—Quería decírtelo, pero entonces tendría que haberte dicho tantas otras cosas... y no quería asustarte.

— ¿Parezco el tipo de persona que se asusta fácilmente? —preguntó él.

—No, no lo pareces. Y es verdad, tengo problemas. O los he tenido durante mucho tiempo, pero no me gusta hablar de ellos. Pensé que los había superado y... La noche que llamé a tu programa era el aniversario de un momento particularmente doloroso para mí y había tomado un par de copas. Cuando te oí darle aquel consejo a esa chica, a esa adolescente con problemas de peso, tuve que llamar.

— ¿Por qué?

—Porque era igual que yo a su edad —suspiró Keely—. Yo también fui una adolescente gorda y solitaria, desesperada por encontrar ayuda. A mis padres les daba igual, no tenía amigos y mi psicólogo se dedicaba a decir estupideces que no me ayudaban nada. Esa noche, en la radio, tú dijiste algo que me hizo reaccionar y el resto... En fin, supongo que recuerdas las

cosas que dije.

— ¿Y no me habías contado todo eso porque temías que saliera corriendo? —preguntó Lachlan.

No la abrazó como ella esperaba, no estaba sonriendo, no había ningún calor en sus ojos.

— ¿Qué clase de hombre crees que soy? No me contestes. Ya lo has dejado perfectamente claro.

—Lachlan...

Él tomó su chaqueta del taburete.

—Mira, siento mucho lo que pasaste durante esos años, en serio. Pero a mí me gusta la sinceridad y tú no has sido sincera conmigo. Te lo dije desde el principio de... como se llame esto que hay entre tú yo.

—Relación, esto se llama relación –replicó ella, airada.

—Para ti, quizá. Para mí, sólo estábamos saliendo.

Keely sintió un dolor terrible y se llevó una mano al abdomen de forma instintiva, como para proteger al niño.

—Entonces, ¿nunca estuviste interesado en nada más? ¿Y lo que dijiste de tener niños?

—Estábamos saliendo, Keely, nada más. No habíamos hablado de futuro, ni de formar una familia, nada. Para traer niños al mundo, tendría que estar muy seguro de que puedo confiar en la madre de esos niños. Y, por lo que he visto, esa mujer no eres tú.

—Ya veo —Keely consiguió pronunciar esas palabras sin caerse al suelo. Pero le costaba un esfuerzo terrible seguir allí, oyendo esas cosas...

En ese momento sonó el móvil de Lachlan. Sin saber si alejarse de lo mejor que le había pasado en la vida o darle la noticia para ver cómo reaccionaba, se quedó viendo cómo contestaba.

— ¿Cuándo...? ¿En qué hospital...? Llegaré en quince minutos.

— ¿Qué ocurre?

—Tengo que irme. Mi padre ha sufrido un infarto.

—Lo siento... ¿Quieres que vaya contigo?

—No, gracias. No has sido precisamente una novia muy

cariñosa durante los últimos meses. ¿Qué ha cambiado ahora?

Aquélla era su oportunidad de darle la noticia, pero Keely no se atrevió.

—Te lo diré en otro momento.

El negó con la cabeza.

—No tengo tiempo para esto y, por lo que a mí respecta, no habrá otro momento. Vamos a dejarlo aquí, Keely, como amigos.

En ese instante, las hormonas hicieron que le saliera el temperamento.

— ¿Ah, sí? ¿Crees que simplemente estábamos saliendo y que ahora vamos a cortar así como así?

—Sí.

— ¿Y si yo te quisiera? ¿Y si estuviera embarazada?

Lachlan se puso pálido.

—Entonces diría que harías cualquier cosa para atrapar a tu «hombre perfecto». Pero, para que lo sepas, yo no soy ese hombre.

Prácticamente salió corriendo del local, dejándola frente a la barra, atónita, con lágrimas rodando por su rostro y las manos en el abdomen, sola con su niño que nunca conocería a su padre.

CAPÍTULO 11

Lachlan no tiene miedo al compromiso, es que tiene dificultades para comprender la monogamia.

Emma, una buena amiga

Lachlan entró en la habitación del hospital esperando ver a un hombre enfermo, al borde de la muerte. Para su sorpresa, Derek Brant estaba sentado en la cama, mirando los monitores con cara de pocos amigos.

—Papá...

—Ya era hora de que llegaras. Mírame, lleno de cables... ¿No puedes hacer nada?

Lachlan dejó escapar un suspiro.

—Acabas de sufrir un infarto, papá. Deja esos cables en paz, ¿eh?

— ¿Por qué has tardado tanto? Podría estar muerto en este momento.

—Estaba en una fiesta. He venido en cuanto me he enterado.

—Ah, claro, de juerga con esa novia tuya, ¿no?

Lachlan había intentado dejar de pensar en Keely mientras iba al hospital, pero le resultaba imposible.

—Ya no es mi novia —murmuró, preguntándose si lo que le había dicho esa noche era verdad.

Había visto el dolor en sus ojos cuando le habló de su problema de peso y de la simpatía que sintió por la chica que llamó a la emisora... sí, eso explicaba su absurdo comportamiento cada vez que mencionaba la dieta, su peso o cualquier cosa que tuviera que ver con su imagen.

Pero ¿qué era eso de que lo quería? ¿Qué era eso de que estaba embarazada?

Lachlan sacudió la cabeza. Sabía muy bien las trampas a las que podían recurrir las mujeres para conservar a un hombre.

— ¿Qué ha pasado? —preguntó su padre.

—Me recuerda a mamá —contestó Lachlan—. Impredecible, superficial y totalmente incapaz de mantener una relación seria.

Para su sorpresa, su padre no empezó a jurar en arameo como solía hacer cada vez que mencionaba a su madre. No, lo que hizo fue recostarse sobre los almohadones.

—Me parece que tenemos que hablar, hijo.

—Siento haber sacado el tema, papá...

—No, no, está bien. Y tengo que decirte algo. ¿Por qué dices que esa chica te recuerda a tu madre?

—Porque se porta como ella. Y cuando las cosas van mal, sale corriendo, como ella. Y ahora, cuando le he dicho adiós, ha intentado retenerme diciendo que me quería e insinuando que estaba embarazada, como hizo mamá. Mamá te enganchó así, ¿no?

—Ah, demonios —murmuró su padre—. Tu madre no me enganchó, hijo. Fue al revés.

— ¿Qué?

—No estoy orgulloso de lo que hice, pero pasó y pasó. Y aunque debería lamentarlo, no lo lamento —suspiró Derek Brant.

— ¿A qué te refieres?

—Cuando tu madre me dijo que estaba embarazada, yo la obligué a casarse conmigo, aunque ella dejó claro que no me quería.

— ¿Qué?

—Fue feliz durante un tiempo, pero yo sabía que su corazón no estaba en ese matrimonio. Así que, para retenerla a mi lado, insistí en tener más hijos. Y ella aceptó... supongo que porque yo le daba pena.

—Pero papá...

—Escucha, hijo. Por eso era así, por eso nunca estaba contenta con nada. No era feliz. Yo la eché de mi vida con mi obsesión por ella.

Lachlan se dejó caer sobre una silla, atónito. Él siempre había pensado que...

—Así que ya ves, tu chica... ¿se llama Keely, no?

—Sí.

—Pues Keely no se parece nada a tu madre. Si ella dice que te quiere, es que te quiere. Y yo que tú no la dejaría ir. Tener el amor de una mujer es el mejor regalo que puede conseguir un hombre. Y ahora, déjame descansar en paz, figuradamente hablando, y ve a buscar a esa chica.

Lachlan habría querido hacerle mil preguntas sobre el pasado, pero no era el momento. Su padre tenía razón. Tenía que ganarse su amor... convencerla de que todo había sido un terrible error y empezar de nuevo.

Pero ¿lo perdonaría Keely?

Tenía que perdonarlo. Porque la amaba, estaba loco por ella. Lo había estado desde el primer día...

Y era absurdo engañarse a sí mismo.

Pero ¿qué podía hacer para convencerla?

Keely acababa de entrar en la oficina el lunes por la mañana cuando Lucy apareció, como una cebra con un traje de rayas blancas y negras. Normalmente, le encantaba la ropa tan moderna que llevaba su ayudante, pero no aquel día.

Aquel día nada podía animarla.

—Traigo malas noticias.

— ¿Qué?

—La rottweiler acaba de acorralarme en el pasillo. Por lo visto, los productores del programa de televisión de Lachlan Brant quieren ver su página web. Ahora mismo.

— ¿Qué? —exclamó Keely.

-Lo que has oído.

A pesar de la terrible despedida, Keely había rezado para que Lachlan la llamase durante el fin de semana. Pero no fue así.

—Muy bien. La página está terminada... ¿cuándo van a venir?

—No van a venir. Quieren que vayas tú a la productora.

—Estupendo —murmuró Keely.

¿Tan horrible había sido que Lachlan no quería ni volver a

verla? ¿Tanto daño le había hecho?

El amor, el hombre perfecto...

En cuanto llegara a casa esa noche rompería la estúpida lista.

—Muy bien, dame la dirección. ¿A qué hora tengo que ir?

—A las tres —contestó Lucy—. Y no te molestes en volver. Yo me encargo de todo.

—Gracias —murmuró Keely, llevándose una mano al abdomen—. Parece que estamos solos, cariño —añadió, cuando su ayudante salió del despacho.

Con el bolso en una mano y el ordenador portátil en la otra, Keely llamó a la puerta de la mansión. Menuda casa. Los ejecutivos de televisión sabían vivir bien, desde luego.

Sólo esperaba que les gustase su página web y poder marcharse de allí lo antes posible para borrar el nombre de Lachlan Brant de su mente.

Para siempre.

—Está abierto —oyó una voz.

Keely empujó la puerta y admiró los suelos de madera pulida, los muebles antiguos de madera maciza, los cuadros en las paredes...

—Hola, Keely.

Ella se volvió, sorprendida.

—Lachlan.

—Gracias por venir.

— ¿Qué haces tú aquí?

—Tenía que verte —contestó él, acercándose.

Parecía avergonzado, tímido.

—Ah, sí claro, quieres ver la página terminada, ¿no? —murmuró Keely, sin mirarlo.

—No, no es eso.

—Si quieres hablar de otra cosa, lo siento, pero no estoy interesada —dijo ella entonces.

—Tenemos que hablar.

—Eso ya lo has dicho en otra ocasión —le recordó Keely.

—No, en serio...

— ¿Quieres ver la página o no?

— ¡Olvídate de la maldita página web! —exclamó Lachlan —. Mira, Keely, yo soy un hombre normal y corriente... no soy perfecto, no soy un sueño, tengo muchos defectos, como todo el mundo. Meto la pata, hago cosas que no debería hacer, digo cosas que nunca debería decir... Sólo soy un hombre normal y corriente que está loco por ti.

Keely se llevó una mano al corazón.

— ¿Qué estás diciendo?

—Que te quiero, que te he querido desde el primer día.

Keely parpadeó, creyendo entender...

—Harías lo que fuera por el niño, ¿verdad?

— ¿El niño? Entonces, ¿estás embarazada?

—Claro que estoy embarazada —contestó ella—. Te lo dije en la fiesta... justo cuando acababas de dejarme plantada.

—Pero pensé que lo habías dicho sólo...

— ¿Para atraparte?

—No, no... Pensé que lo decías como una posibilidad.

—Pues no es una posibilidad, Lachlan. Es una realidad, estoy esperando un niño.

— ¿De verdad vamos a tener un hijo? —preguntó él, apretando su mano—. Es increíble. Esto es el principio de todo, Keely.

—No, me temo que eso ya no es posible.

«Me hiciste daño», le habría gustado gritar. «Me rompiste el corazón y he estado muriéndome durante todo el fin de semana».

—Keely, por favor... te quiero tanto... Sé que no te merezco, pero escúchame. Sólo escúchame, te lo ruego —dijo él, apretándola contra su corazón.

Ella levantó la mirada

— ¿Qué ha pasado, Lachlan? ¿Qué hemos hecho mal?

—No sé, una combinación de cosas, supongo. Yo siempre había creído que mi madre era una persona superficial, que nos abandonó porque era una irresponsable y ahora... mi padre me dijo el viernes que eso no era verdad…

— ¡Tu padre! ¿Cómo está?

—Bien, ha sido un infarto leve. Se va a poner bien, no te

preocupes. Él fue quien… quien me dijo que fuera a buscarte. ¿Quieres… quieres que nos sentemos? Tenemos tantas cosas que decirnos.

Y lo hicieron. Y Lachlan le contó su infancia y la pena que había sentido siempre por su padre. Y el odio que sentía por su madre… sin haberla conocido de verdad.

Keely le contó todos los horrores de su adolescencia, y sus sueños, y lo que pasó cuando por fin pudo perder peso y tuvieron que ingresarla en un hospital. Y que el médico le dijo que nunca podría tener hijos.

— ¿Entonces? -preguntó Lachlan.

—No sé cómo ha pasado, no tengo ni idea. Ni siquiera he querido preguntar. Esto es un milagro, Lachlan. Es un regalo del cielo.

Lachlan miró alrededor, con una sonrisa en los labios.

— ¿Tú crees que al niño le gustaría esta casa?

— ¿Esta casa? Pero ¿no es de los productores del programa de televisión?

—No, la compré hace semanas. ¿Crees que podrías vivir aquí?

— ¿Qué?

—A mí me encanta y espero que a mi esposa le guste también —sonrió Lachlan.

— ¿Qué has dicho?

—A mi esposa, Keely. Estoy pidiéndote que te cases conmigo —murmuró él, abrazándola—. Te quiero y sería un honor para mí si aceptaras convertirte en mi esposa.

—Yo también te quiero —dijo ella en voz baja—. Y la respuesta es «sí». Aunque no sé si podré vivir con un hombre que no es perfecto.

—En ese caso, será mejor que te concentres en las cosas que sí son perfectas —rió Lachlan, inclinando la cabeza para buscar sus labios—. Empezando por esto.

EPÍLOGO

Nota: tirar La lista de Keely. Hombre perfecto encontrado... y es asombroso.

Keely, nueva conversa a la filosofía del «y vivieron felices para siempre»

Keely entró en la sala de juntas, haciendo un esfuerzo para no ponerse a bailar.

— ¿Cómo estás, cariño? —preguntó Emma—. ¿Se te ha pasado el dolor de estómago?

—Sí, sí, ya estoy muy bien —contestó ella—. Pero tengo una noticia que daros. Bueno, en realidad, son varias.

— ¿Qué? —preguntó Tahlia—. Espero que no tenga nada que ver con Lachlan.

—Pues sí, la verdad es que sí tiene que ver.

— ¿Vas a contárnoslo o no? —suspiró su amiga, irritada.

—Sí, vamos a ver... primero, estoy embarazada...

— ¿Qué?

— ¿Cómo?

—Estoy embarazada y el niño es de Lachlan, claro.

—La silla, eso ha sido culpa de la silla —murmuró Tahlia.

— ¡Y vas a casarte! —gritó Emma.

—Sí, voy a casarme. ¿Qué os parece? —rió Keely, sin poder disimular su felicidad.

—No te casas sólo por el niño, ¿verdad? —preguntó Tahlia.

—No, me caso porque estoy loca por Lachlan —contestó ella.

—Ah, fabuloso. Tenemos que planear una boda —rió Emma, emocionada.

—Gracias por todo lo que habéis hecho por mí, gracias por ser mis amigas...

—No digas eso —la interrumpió Tahlia, intentando disimular que también ella estaba emocionada.

De hecho, se emocionaron las tres y acabaron llorando

como crías.

—Bueno, será mejor que nos pongamos a trabajar o a la rottweiler le va a dar algo.

—Este año Harry viene a Melbourne antes de lo normal —dijo Emma entonces—. Y me apetece mucho verle.

— ¿Que te apetece mucho? Seguro que no puedes pensar en otra cosa —replicó Tahlia.

—Yo tengo muchas ganas de conocerlo —dijo Keely.

— ¿Por qué no te acuestas con él de una vez?

—Me lo pensaré —contestó Emma.

Cuando llegó a su despacho, Lucy le dijo que había un «cliente importante» esperando.

—Un cliente importante, ¿eh? —rió Keely.

—Sí, y quiere verte urgentemente.

Keely entró en su despacho y Lachlan estaba esperando, sentado frente a su escritorio.

—Buenos días. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Puedes empezar por dejar todo lo que estés haciendo y venir a comer conmigo —contestó él.

—No puedo, tengo trabajo.

Lachlan tiró de ella para sentarla sobre sus rodillas y pasó un dedo por sus labios, con los ojos oscurecidos de pasión.

— ¿Y qué tal si me haces un trabajito a mí?

—Doctor Brant, está usted loco —exclamó Keely, fingiendo indignación.

—Sí, loco… loco de amor por ti.

FIN